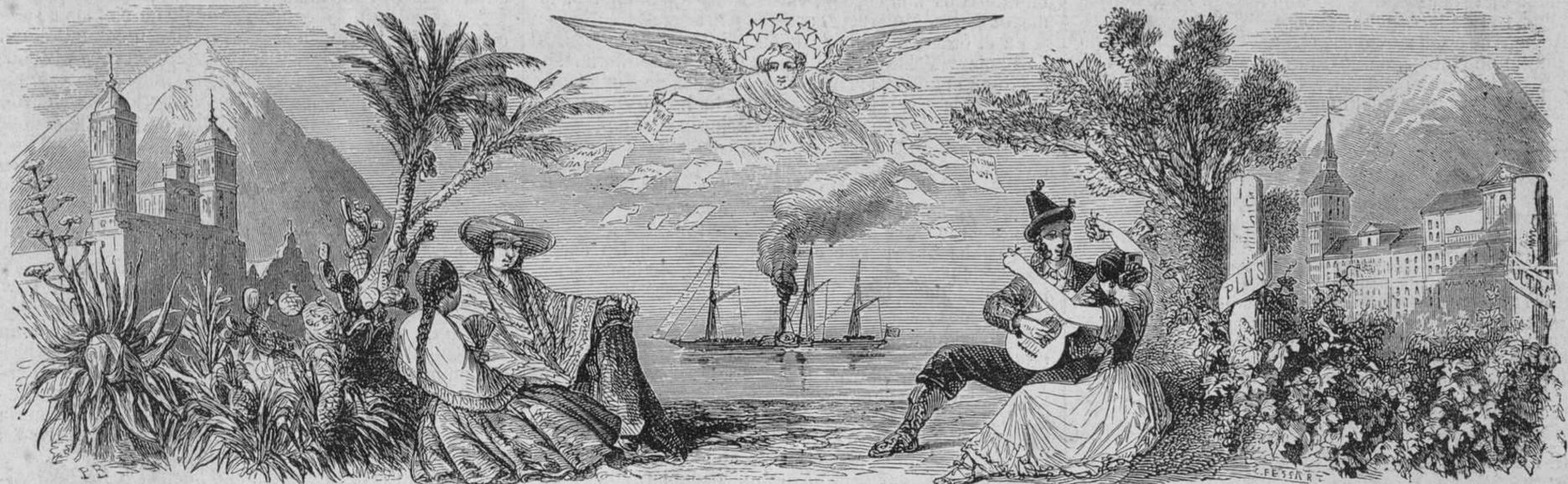


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1864. — TOMO XXIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saunier, núm. 4, en Paris.

AÑO 23. — Nº 597.

SUMARIO.

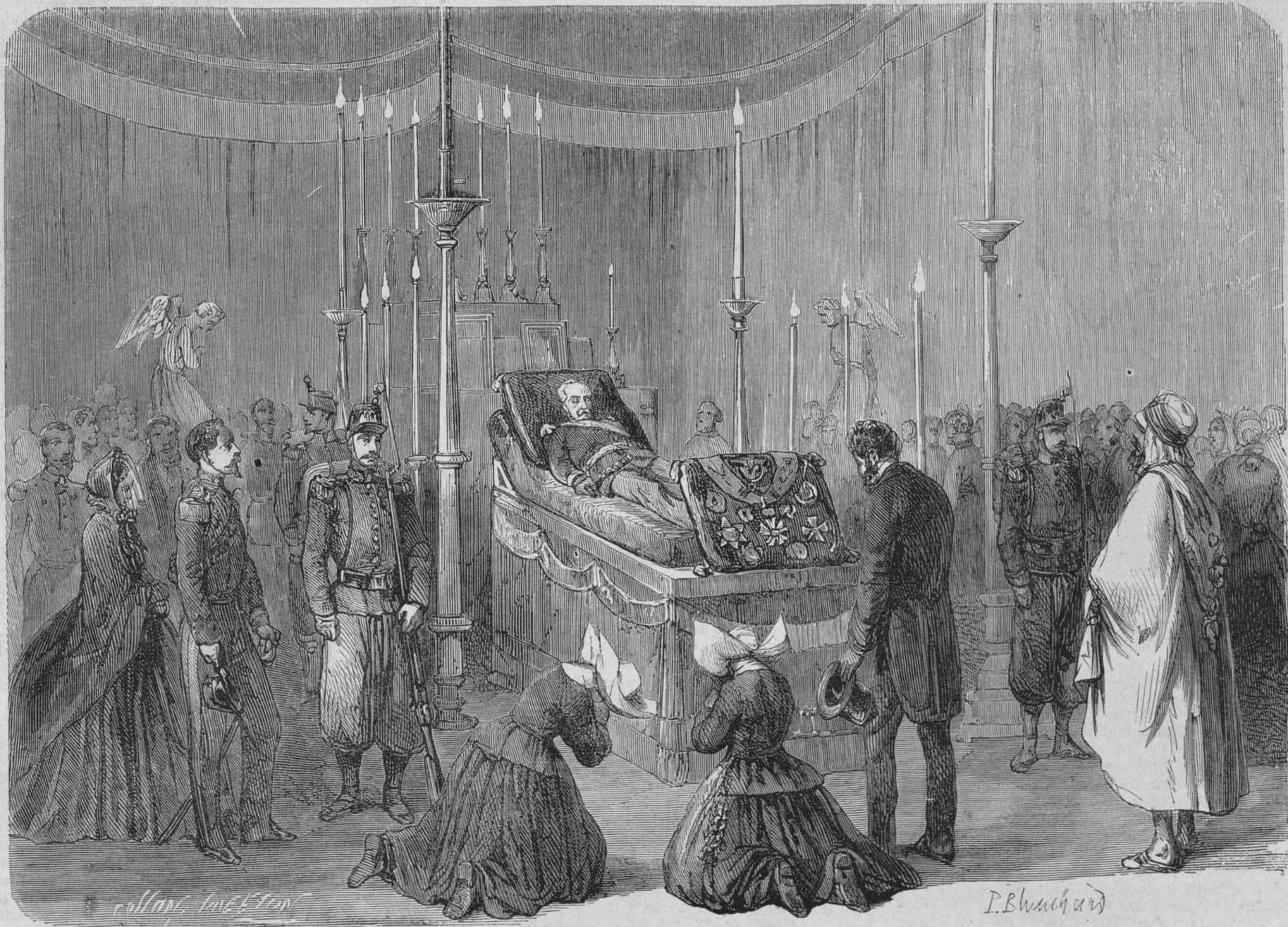
Muerte del mariscal Pelissier; grabado. — Revista española. — Concurso regional de Evreux; grabados. — Exposicion de 1864; grabados. — Revista de Paris. — No como en casa. — Las colonias francesas; grabados. — El homicida. — Verídica historia del señor Criptógamo Papanatas; grabados. — Aureliano. — Revista de la moda. — Problemas de ajedrez; grabado. — Regreso á Nápoles del navío el *Re Galantuomo*; grabado. — Buque antiguo descubierto en Marsella; grabado.

Muerte del mariscal Pelissier.

El *Moniteur* del 25 de mayo anunciaba en estos términos el fallecimiento del duque de Malakoff :

« La Francia y el emperador acaban de experimentar una gran pérdida. Su Excelencia el mariscal Pelissier, duque de Malakoff, gobernador general de Argelia, ha muerto en Argel el 22 á las dos de la tarde. El mariscal ha sucumbido á una fluxion de pecho. El general Martimprey ha tomado la direccion del gobierno de Argelia. »

El mariscal Pelissier nació el año 1794, y tenía por consiguiente cerca de setenta años. Comenzó á los veinte su carrera militar entrando como alumno en el Pritaneo imperial. Después de haber pasado por la escuela especial de Saint-Cyr, fué nombrado teniente en la artillería de la guardia real. En 1819 pasó con su mismo empleo, primero al estado mayor y luego al 35º de línea, en el cual hizo la campaña de España en 1823. Después de haber estado bastante largo tiempo agregado al ministerio de la Guerra, se trasladó á la Argelia, donde permaneció diez y seis años. Había llegado allí de teniente coronel y salió de general de division.



S. E. el mariscal Pelissier expuesto en la capilla ardiente del palacio del Gobierno en Argel.

El mes de enero de 1855 fué llamado al ejército de Oriente, cuyo mando en jefe le fué confiado el mes de mayo. El éxito glorioso de la guerra le valió el mariscalato, el título de duque y una dotación.

Durante la guerra de Italia fué nombrado comandante en jefe del ejército de observación cuyo cuartel general se hallaba establecido en Nancy. Desde aquella época el duque de Malakoff desempeñó el cargo de gobernador general de la Argelia.

Además de estas funciones, el mariscal Pelissier ocupó el puesto de embajador de Francia en Londres el año 1858, y el de gran canciller de la Legión de Honor después de la muerte del duque de Plaisance.

Revista española.

El mes de mayo. — Sus acontecimientos. — Conmemoración de las víctimas de la libertad. — Brillante ceremonia. — Honras fúnebres. — Patriotismo estudiantil. — Banquete progresista. — Descripción del lugar de ataque. — El vino y el agua. — Un casamiento después de un almuerzo. — Muñoz Torrero. — Una manifestación en toda regla. — Novedades teatrales. — *Intrigas de tocador*, del señor Ortiz de Pinedo. — *Aventuras imperiales*, de M. Fernandez y Gonzalez. — Madrid se ausenta.

El mes de mayo es el mes de las flores y de la hermosura.

A su aparición los árboles se cubren con sus risueñas galas, los ruiseñores entonan sus melodiosos cantos, el cielo se viste de azul, la naturaleza entera se sonríe y el espacio se llena de belleza, de alegría y de perfumes.

El mes de mayo ha sido también este año el mes de las fiestas y de las ofrendas fúnebres patrióticas y literarias.

Con efecto, el público madrileño ha tributado sus homenajes, su admiración y sus lágrimas a las víctimas del dos de mayo; ha acudido al banquete celebrado por el partido progresista, que os anuncié en mi último correo, y ha hecho una digna manifestación a la memoria de uno de sus más ilustres patriotas.

Procedamos con orden.

Jamás se ha celebrado en Madrid con más solemnidad la conmemoración de los gloriosos hechos de 1808.

Todas las clases de la sociedad, todos los partidos, todas las corporaciones oficiales y particulares estuvieron representadas en la brillante ceremonia, sin que la afluencia de gente ocasionase la menor perturbación.

Desde las primeras horas de la mañana acudió un inmenso gentío al monumento del Dos de mayo a oír las misas que se decían en los altares de los tres lados principales del mausoleo.

Todo aquel fúnebre recinto se hallaba profusamente adornado con numerosas coronas pendientes de las ramas de los árboles, y gran número de ellas con cintas amarillas, encarnadas y verdes rodeaban además el zócalo del monumento.

A las nueve y media, los individuos de la municipalidad, y los generales duque de Tetuan, duque de la Torre, marqués del Duero, Lujan y otras personas notables, se dirigieron procesionalmente precedidas de los dependientes del ayuntamiento y de los acogidos en los establecimientos de beneficencia, a la iglesia de San Isidro, donde tuvieron lugar las honras fúnebres, cantándose trozos religiosos de algunos de nuestros más distinguidos compositores, acompañados por una brillante orquesta dirigida por el señor Daroca.

Terminada la misa, el joven orador sagrado Pujol y Anglada ocupó la cátedra del Espíritu Santo, y con frase correcta y vehemente presentó en el exordio la diferencia que existe entre los elogios fúnebres paganos y los elogios cristianos; se ocupó asimismo del origen del levantamiento de 1808, bautismo de sangre de la obra de unidad nacional, iniciada por los Reyes Católicos, obra cimentada en el triple elemento de *Patria, Religión y Rey*; y demostró al terminar, el objeto de los sufragios, haciendo hablar a las sombras de las víctimas de la independencia, que pedían cuenta de los hechos pasados y presentes.

Concluidas las honras fúnebres, se puso en marcha la procesión, y llegó al Prado, donde el cabildo de curas parrocos que había salido de la iglesia de San Fermin, colocada frente al monumento, dirigió al cielo sus preces por el eterno descanso de los primeros mártires de la independencia española.

Todas las tropas desfilaron en seguida por delante del monumento, y después de hacer a las víctimas los honores militares de capitán general con mando muerto en plaza, se retiraron a sus cuarteles.

Los estudiantes de la universidad central, deseosos de dar un público testimonio de su admiración y entusiasmo a los héroes de tan memorable día, acordaron colocar una corona en el monumento que encierran sus restos, y para ello se dirigieron procesionalmente al *Campo de la Lealtad*, donde hicieron celebrar una misa por un sacerdote, y terminado el acto religioso, colocaron sus ofrendas en el monumento, no sin que se diesen algunos vivas que produjeron una ligera alteración en las personas allí reunidas, aunque como era de esperar, no tuviese este hecho el menor resultado.

Respecto a los demócratas, desde las dos de la tarde se vio afluir a la plaza de Santo Domingo, punto central de su reunión, varios grupos procedentes de diversos puntos de la capital.

A las tres se puso en marcha la comitiva, llevando delante una carretela en la que iban colocadas dos grandes coronas de laurel y flores artificiales, en cuyos centros se leía que eran dedicadas por los demócratas a las víctimas del dos de mayo.

Detrás de la carretela que conducían las coronas iban de cuatro en cuatro en el mayor orden, y llevando cada uno de ellos una corona, hasta unos mil hombres, la mayor parte, al parecer, artistas y artesanos.

En el orden referido la comitiva llegó por las calles de Daoiz y Velarde al antiguo parque de artillería, situado en el antiguo palacio de los condes de Monteleón, teatro de la gloriosa hazaña de que ha hecho conmemoración el pueblo de Madrid; allí dejaron una de las coronas que llevaban en la carretela, colocando la segunda en el monumento del Dos de mayo.

Digno es de elogio el orden y el patriótico entusiasmo que reinaron en tales manifestaciones.

Uno de los más hermosos días de primavera animaba a la población, que se encontraba toda en las calles presenciando el espectáculo de que os he hablado, y los infinitos detalles que no me es posible referir.

Hablemos ahora del banquete progresista.

Este banquete tuvo, como todas las cosas, un *espíritu* y una *forma*.

Lo primero no entra en mis cálculos, es un terreno vedado para mí; me limitaré pues a ofrecer un bosquejo, una descripción de la parte pintoresca.

Enfrente del teatro de los Campos Eliseos se levantaba una especie de tienda de campaña de grandes dimensiones, formada por toldos, que ocupaba 230 pies de largo, por 150 de ancho.

Sostenían la armadura catorce hileras paralelas de pies derechos, disfrazados de columnas salomónicas, cubiertos de guirnalda y coronados por grupos de banderas que caían a uno y otro lado formando un precioso pabellón.

Todos los pies derechos de los lados se hallaban cubiertos con bastidores de lienzo, formando columnas de orden jónico, y sobre estas y bajo coronas de laurel, estaban colocados los escudos de las 49 provincias de España con los de Cuba, Puerto-Rico y Manila, rodeados de banderolas y largas guirnalda de flores formando pabellones unidos en torno del local.

Entre columna y columna había otra serie de columnitas que remataban en unos mascarones: en el centro derecho estaba la tribuna reservada a la orquesta.

A la izquierda y enfrente de la tribuna de la orquesta se descubría la mesa presidencial, con sesenta y tres cubiertos, y colocada dos pies más alta que todas las demás.

Detrás del asiento presidencial había una especie de dosel, en cuyo centro se veía una pintura de dos metros en cuadro, representando en su parte inferior los dos mundos con las columnas de Hércules, y en la superior y sobre el fondo del cielo, una bandera tricolor, azul, roja y amarilla, en la que se leían estas palabras: *Libertad, Progreso, Unión*.

A la derecha del asiento presidencial y un poco más atrás estaba la tribuna destinada a los oradores, a la altura conveniente para que estos pudieran ser vistos desde todos los puntos del salón.

A uno y otro lado de la misma mesa presidencial y a continuación de ella había otras dos mesas iguales a la del presidente y colocadas en la misma dirección.

En sentido perpendicular y paralelas al lienzo de la entrada, estaban colocadas con perfecta simetría 36 mesas divididas por tres largas calles, dos laterales y la otra central, dejando entre las de cada grupo espacio suficiente para que los camareros pudieran pasar con desahogo.

Las mesas estaban divididas en grupos señalados por estandartes de fondo azul, rosa, verde, amarillo, blanco y morado, sembrados de estrellas doradas, y que fijos al principio de cada mesa, servían de guía a los convidados para ocupar su asiento en el grupo, cuya bandera era de igual color al de los billetes personales. En una de las columnas aparecían los tres escudos de las provincias ultramarinas: Cuba, Puerto-Rico y Manila.

Para terminar esta descripción, añadiré que el busto de Calvo Asensio se hallaba colocado en medio del salón, frente a la presidencia.

Preparado y adornado el local en esta forma, fué en las primeras horas de la mañana visitado por innumerables personas, y la calle de Alcalá y las avenidas de los Campos Eliseos estaban tan animadas como en un día de toros.

El banquete se celebró sin novedad; acudieron a él de todas las provincias de España, hubo muchos brindis, se leyeron poesías de todos los asistentes, había más de dos mil. Varias bandas de música ejecutaban aires nacionales é himnos patrióticos; se apuraron tres mil botellas de Burdeos y mil de Jerez, seiscientos de Champagne y quinientas de agua; el agua, como se ve, estuvo de capa caída.

Se prohibió la entrada a las señoras, pero una progresista quiso a todo precio asistir al festín, y se disfrazó de hombre, como Jorge Sand, para realizar su capricho.

La casualidad le colocó al lado de un demócrata disfrazado a su vez de progresista, sus miradas se cruzaron, sus vasos se chocaron, y al querer el demócrata en un momento de entusiasmo dar un abrazo a su vecino de mesa, el pudor femenino descubrió la verdad, pero no quedó así la cosa.

A estas fechas el dulce lazo del matrimonio une a la viuda A... con el demócrata B...

Esto ha hecho exclamar a un neo-católico, que el progresismo y la *democracia* se han unido.

Pero continuemos reseñando las fiestas patrióticas del mes de mayo.

El día 5 tuvo lugar la conducción al panteón que en el cementerio de San Nicolás ha dedicado el partido progresista a los hombres eminentes, de los restos de don Diego Muñoz Torrero, miembro de las Cortes de Cádiz, que falleció en marzo de 1829, hallándose preso en la torre de San Julian de la Barra, cerca de Lisboa.

A esta solemnidad concurrieron de quinientos a seiscientos estudiantes de la universidad, unos mil a mil doscientos demócratas, a cuyo frente figuraba el señor Castelar, y dos mil progresistas próximamente, organizados con arreglo a los distritos electorales de Madrid, y contando en su seno un centenar de personas conocidas en la política.

Durante todo el día concurrió al templo de San Isidro gran número de personas a visitar el modesto túmulo colocado en una de las capillas, donde estaba depositada la urna; alumbrábanla ocho hachas, y la custodiaban dos personas designadas al efecto.

A las cuatro era inmensa la afluencia de curiosos, y apenas se podía dar un paso por la calle de Toledo.

A las cinco se puso en marcha el cortejo fúnebre.

Iban en primer término los acogidos del asilo de San Bernardino con la banda de música del mismo establecimiento. Marchaban detrás los huérfanos de padres artesanos del asilo de la Asunción, y una inmensa muchedumbre que quiso rendir el último tributo a la memoria de uno de los más dignos defensores de las libertades de la patria.

Formaban el acompañamiento además todos los individuos de la Sociedad de milicianos nacionales veteranos, los invitados para formar parte de la comitiva, las juntas directivas electorales de los distritos de Madrid, y los individuos que componían la subcomisión encargada de pasar a Portugal con el sobrino de Muñoz Torrero a verificar la exhumación en el cementerio de Veiras.

El carro fúnebre iba tirado por seis caballos con penachos negros y mantillas del mismo color con franjas de oro. Sobre él se había colocado una corona de laurel.

El cuerpo del carro que conducía la urna iba coronado por dos banderas de colores nacionales con corbatas de crespon negro, y otras dos de color blanco y azul.

Cerraban la marcha la comisión nombrada para la traslación, el comité central, el duelo, y una banda de música.

Al llegar al cementerio tomaron la urna funeraria los mismos que habían llevado las cintas del carro, y la condujeron a la capilla donde se cantó el responso. Desde la capilla fueron trasladadas las cenizas al mausoleo preparado en el centro del monumento, donde descansan los restos de Argüelles, Calatrava y Mendizabal, y acto continuo se disolvió la comitiva.

Tal ha sido la manifestación, y con ella terminaron las funciones patrióticas, en las que, si bien es verdad que hizo gala el sexo feo de su patriotismo, lució como siempre el bello, es decir, el bello sexo, su hermosura y su elegancia, completando la fiesta.

¡Cuántos recuerdos de estos días, cuántos amores nacidos de la casualidad, de la confusión y de la influencia primaveral!

Fuera de las solemnidades bosquejadas, poco ó nada ha pasado en Madrid.

La corte ha continuado en Aranjuez; el día 15, fiesta del glorioso san Isidro, patron de la villa y corte, se celebró la acostumbrada romería, y hubo los acostumbrados percances. Si después de esto os digo que una marquesa se ha casado por amor con un guardia civil, aventura que ha servido de pasto muchos días a la curiosidad en los salones más aristocráticos; si os digo que ha habido un duelo entre dos hombres públicos, y que los dos disfrutaban de muy buena salud, poco podré añadir.

Sin embargo, se han estrenado dos comedias, y de ellas voy a hablaros.

La primera se titula *Intrigas de tocador*. Estas *intrigas*, que solo pueden llamarse de *tocador*, porque las intrigantes pertenecen al bello sexo, que lo mismo que de *tocador* hubieran podido llamarse *Intrigas femeniles*, tienen por objeto, ¿lo creerán mis lectoras? conseguir que el distrito de Valdemoro elija diputado a un joven protegido por una amiga de la amada del candidato.

Es una especie de batalla de damas, desarrollada en un colegio electoral.

Pero la intriga, sumamente ingeniosa, es lo de menos: lo de más es la graciosa é intencionada exhibición de *genios* que hace el *autor*, la profusión y novedad de los resortes que mueve el talento femenino inspirado en la protagonista de la comedia por el amor a la prójima, en su enemiga y su víctima, por el amor al prójimo, con circunstancias agravantes.

Mis lectores juzgarán.

El señor Salazar, esposo de Matilde, una mujer traviesa si las hay, y decidida protectora de la verdad y de la justicia, pertenece a una sociedad que han formado unos cuantos con el objeto de encumbrarse por medio de elogios mutuos protegiéndose unos a otros en todos los terrenos.

Al comenzar la acción se halla animado Salazar por el vivo deseo de representar en las Cortes el distrito de Valdemoro, y espera a sus amigos que deben reunirse en su casa para combinar el medio de conseguir el triunfo.

El jefe de esta sociedad, ó mejor dicho, la ninfa Egeria, la Pitonisa de esta asociación, es la joven marquesa

de la Templanza, que de simple subdirectora de un colegio, ha conseguido el marquesado uniéndose con el marqués viudo de la Templanza, senador del reino, consejero, académico, etc., etc., y además padre de Teresa, una joven bellísima que fué discípula de su madrastra, que ama en secreto a Carlos de Olivares, hermano de una de sus compañeras, y que sin saberlo es rival de la marquesa... rival imaginaria, se entiende, porque si bien es cierto que ama también al joven, ni él lo sospecha, ni ella ha logrado escuchar de sus labios las protestas de amor, próximas siempre a escaparse de los suyos.

Esta mujer, que pasa á los ojos de los individuos de la sociedad de elogios mutuos como una notabilidad política y diplomática, logra dominar á su esposo, y aprovechándose de su influencia y de su posición, consigue ser el alma y uno de los mas preciosos instrumentos de la pandilla.

Al mismo tiempo persigue á Carlos, y se vale del periódico órgano de la sociedad y de todos sus medios para desacreditarle, lo que no es extraño, porque se cree desdenada, y el mayor enemigo del hombre es la mujer á quien ha inspirado una pasión sin sentirla hacia ella.

Los tipos de los individuos que componen la asociación son deliciosos: un abogado que hace *poesías fúnebres*; un pintor tan sublime que *corrige con su pincel los defectos de la naturaleza*; un músico que *aturde con sus incomparables armonías*; un editor que publica las obras de sus consocios *empezando las tiradas por la octava edición*, que llena las esquinas con carteles en los que se dibujan en abultados caracteres los nombres de los inmortales autores; un filósofo tan profundo que no le entiende nadie; un personaje que se hace célebre por su silencio, interrumpido apenas con homeopáticos y monosílabos; un doctor *in utroque*, que *responde del aire*, que si no ha inventado como Holloway las pildoras-panacea, está en camino de inventarlas y de llegar á ser con la influencia de sus colegas consejero de sanidad y hasta ministro del ramo si se crea el ministerio que propuso un periódico formal no hace mucho.

Unidos todos por el estrecho lazo de su nulidad, sirven de instrumentos á la marquesa de la Templanza para decidir la elección de Valdemoro en favor de su candidato.

Primero manifiesta su *agrado* á su primo Fernandez, el poeta fúnebre; pero Matilde, la traviesa mitad del Leibnitz de la pandilla, se empeña en que Teresa se case con Carlos de Olivares, y como la condicion esencial para que el novio agrade á su padre es la de que por lo menos sea diputado, pone en juego todos los recursos de su ingenio para que triunfe en la elección su candidato.

Tenemos pues á las dos señoras empeñadas en una lucha electoral, curiosa y divertida.

Matilde se presenta á su adversaria con humildad, proclamando su talento, su penetración, su habilidad, y acaba por convencerla de que Carlos la adora, y de que su desden tiene al borde del... suicidio. Aurelia lo cree: nada hay mas crédulo que el amor propio, y aun cuando sus trabajos están muy adelantados, al saber que protegiendo la candidatura de Carlos puede librarle de la muerte y demostrarle que le ama, se apresura á deshacer su obra, resolución que produce una serie de escenas cómicas de lo mas divertido que darse puede.

Para que el ministro apoye sus deseos, necesita Aurelia proporcionarse cuatro votos en una votación nominal que amenaza la vida del ministerio, y para conseguirlos se le ocurre la peregrina idea de hacer creer á su esposo que se halla enfermo de gravedad. El remedio es eficaz: apenas circula la noticia, los aspirantes á los varios destinos que desempeña el marqués de la Templanza, se muestran favorables al gobierno esperando obtenerlos, y le ofrecen sus votos como un mérito mas para alcanzarlos.

El gabinete se salva, los electores proclaman á Carlos; el marqués, á quien hacen creer que está aliviado, ¡pobre señor! el marqués, repito, le otorga la mano de su hija, y Aurelia llega al colmo de la desesperación al verse envuelta en el lazo que le ha tendido su astuta enemiga.

No hay para qué decir que á última hora emplea todos los medios que le sugiere su orgullo herido, su amor despreciado y su ingenio vencido para impedir el triunfo; pero es tarde. Ni los electores, ni el marqués se vuelven atrás, y Carlos, el verdadero talento, el único oro entre tanto oropel, debe su felicidad á Matilde.

Las inesperadas, graciosas é intencionadas escenas á que da lugar esta fabula, lo epigramático, incisivo y al mismo tiempo correcto y franco del dialogo, contribuyen al mérito indisputable de la comedia, que ha demostrado una vez mas las excelentes dotes de autor dramático que posee el señor Ortiz de Pinedo.

Nosotros, sin embargo, no encontramos en nuestra sociedad mujeres que usurpen con tanto desenfado y habilidad á los gobiernos la dirección de las elecciones, mujeres que fraguen intrigas políticas con tanta maestría. Habrá alguna, muy rara, pero que por fortuna de nuestras costumbres sera considerada como una excentricidad y cubierta por el ridiculo.

La mujer en España, en América y en Alemania desempeña su verdadera misión: es ama de su casa, madre de sus hijos, ventura y alegría del hogar doméstico; no es, como en Francia é Inglaterra, ó tenedor de libros ó licenciado en ciencias.

Hablemos ahora de la segunda comedia.

La última obra que ha puesto en escena el teatro del Principe á beneficio de la simpática actriz señora Zapatero, es una comedia del fecundo novelista é inspi-

rado poeta Manuel Fernandez y Gonzalez, titulada *Aventuras imperiales*.

Esta comedia es una humorada de su autor, un capricho, un juguete que ha fabricado su fantasía; de cualquier modo es una obra ingeniosa, entretenida, rica en bellezas poéticas, en levantados pensamientos, una obra, en fin, digna de la pluma que sabe cautivar la atención de millares de lectores, en todos los países donde se habla la hermosa lengua de Cervantes.

Su enredo no es muy grande si se compara con el de las obras maestras que el señor Fernandez y Gonzalez ha querido imitar; pero las situaciones que se suceden en su obra, si no muy sorprendentes, son muy entretenidas, están presentadas con claridad, con soltura, con maestría, y la versificación, el color de aquellos cuadros, que cautivan con su galanura, reemplaza acaso con ventaja á las complicaciones que echamos de menos en esta comedia, y que en muchas de las que han podido servir de modelo á su autor, aparte de algunos ingeniosos conceptos, es la mas admirable.

Aventuras imperiales es pues una comedia de *capa y espada*, pensada con la inspiración del siglo XVII y escrita con la pluma del siglo XIX.

La acción pasa en Granada, en las breves pero animadas horas de una velada de San Juan.

Carlos V, vencedor de Francisco I, y elevado ya por sus legítimos derechos al alto rango de emperador, por su valor á la categoría de héroe, se nos presenta verdaderamente desfigurado y convertido en un galán vulgar, en un perseguidor de tapadas y rondador de bellidades, en un aventurero galante, abdicando su dignidad, su orgullo, doblegando su carácter que tan señalado puesto le ha conquistado en la historia en aras de un amor, que por los medios que pone en juego para declararlo, mas tiene de pequeño que de grande.

Confundido entre la muchedumbre, sigue á una dama que se recata de él, la galantea sin conocerla, lo que nada tendria de extraño si al mismo tiempo no se abrasase su alma en el fuego de una doña Violante, y esta aventura da lugar á una riña, de la que sale sano y salvo, gracias al auxilio que le presta un don César, con el interesado propósito de que le otorgue en premio de su ayuda el perdón que necesita para que la justicia le deje en paz.

Este don César, cuyo carácter pone en relieve una injusticia, porque no se comprende que él sea un simple hidalgo y Carlos el emperador, cuando este tiene de pálido y mezquino todo lo que aquel de brillante y grandioso; este don César, repito, está perdidamente enamorado de la hermosa doña Violante; pero vive lejos de ella, oculto en las montañas porque maló en un duelo á un hombre que le ultrajó, y ha sido pregonado y le buscan para castigarle.

Aprovechando la confusión de la verbena, vuelve á Granada para recrearse en los ojos de su amada, que no le olvida, que le guarda eterna fe y que llora su ausencia, y sabiendo por la doncella de su doña Violante que es el emperador el que llega perseguido por la ronda, se coloca á su lado, le defiende, y al cabo le confiesa su situación.

Carlos, que siente verse descubierto, le ruega que olvide su franqueza, y le da un anillo que equivale al perdón que solicita.

Ebrio de gozo, corre don César á dar cuenta á su amada de su fortuna, y entre tanto Carlos, que codicia la hermosura de la misma doña Violante, sabe por su confidente Vargas que comprada la dueña guardadora de la beldad, podrá entrar en su casa aquella noche, y acaba el primer acto, no sin haber oído cantar á la señora Zapatero una canción andaluza, una verdadera melodía oriental, dos veces bella al interpretarla con una mezcla de gracia y sentimiento admirable la simpática y siempre oportuna actriz.

Este es un detalle del cuadro, pero un detalle que no debe pasar desapercibido.

La doncella de la dama tan perseguida, la picaresca Ines, que ya ha empezado á dibujarse en el primer acto, luce en el segundo todas las galas de su ingenio, que no es poco. El poeta y la actriz, Fernandez y Gonzalez y la Matilde Diez, han hecho de este personaje una figura encantadora. Es la figura principal, es el rayo del sol que esmalta las flores que le rodean, es la vida y el movimiento del cuadro; aun mas: es la Providencia de su ama y de don César, es el castigo de la maldad de la dueña que se deja comprar, es la conciencia del monarca que se olvida de su grandeza para introducirse como un miserable en la morada de una honrada mujer.

Alegre, vivaracha, decidora, sentenciosa, atrevida cuando llega el caso, favorece la entrevista de su señora con don César, los anima, salva al segundo cuando llega la ronda, juega con el alcalde, sorprende á la dueña en los momentos en que va á franquear la puerta de la casa al emperador, lucha con ella á brazo partido, le arrebató el vil precio de su infamia, la encierra en un pabellón, se apodera de su manto, se disfraza con él, abre la puerta al galanteador, y cuando se hallan solos se desenmascara, y arrostrando sus iras, le endereza un sermón poco respetuoso, pero lo suficientemente moral para que Carlos reconozca su nueva flaqueza, y desista al menos por el pronto de su impremeditado empeño.

El monarca le regala una preciosa cadena, y huyendo de la ronda como don César y Lagartija, personaje á quien dedicaré algunas líneas, escala una tapia y se salva de su propia justicia, mientras que sus leales servidores, capitaneados por su confidente, combaten con los pusilánimes alguaciles.

He citado á Lagartija, y voy á decir algo de él. Antiguamente criado de don César, novísimo alguacil, amante de

Ines, es el tipo acabado de los innumerables y patronímicos graciosos de las comedias de Lope y Calderon, es uno de los personajes mas esenciales en las comedias de *capa y espada*.

Perfectamente bosquejado, y no menos perfectamente interpretado por Mariano Fernandez, contribuye á animar el cuadro con sus agudezas, con sus grotescos temores, con sus desaciertos, y hasta con el famoso baño que toma en un estanque al huir de una ronda, lo que le hace exclamar, con una oportunidad que hace reír hasta mas no poder y anticipándose al inolvidable Iglesias:

¡Ay, amor, cómo me has puesto!

El tercer acto tiene lugar en la casa de no recuerdo quién, una casa al parecer deshabitada, y en la que entran y salen á su antojo todos los que quieren, sin que nadie se tome el trabajo de averiguar qué les trae por allí. Pero dada la indole de esta comedia y su carácter arqueológico, esto no llama la atención.

Don César y Lagartija se presentan: el primero ha reconocido al emperador y siente celos: Lagartija quiere calmarle: no lo consigue, y para averiguar la verdad, se esconden en una habitación de la derecha; salen despues el emperador y su confidente, revela su inquietud el uno, sus deseos el otro, y se esconden en una habitación de la izquierda; llegan despues doña Violante y su doncella, queda sola la primera, y Carlos, mas enamorado que nunca, resuelto ante la ocasión, procura por todos los medios seducirla. Pero sus ruegos, sus amenazas, sus humillaciones, encuentran en doña Violante un muro de inquebrantable acero. Ama á don César, su amor le da fuerzas, desafía arrogante á su rey y señor, le echa en cara los indignos recursos de que se ha valido para sorprenderla, le recuerda sus deberes, y acaba declarándole que es casada.

El apasionado monarca no se detiene, y don César se aparece dispuesto a defender la honra de su amada, que considera la suya propia.

La situación es altamente dramática, está comprendida y presentada con maestría, con inspiración, hay rasgos brillantísimos, hay momentos que arrebatan.

La lucha del leal vasallo, que considerando á su rey en una altura de la que ha descendido, prefiere la muerte á la deshonra; que sufre sus insultos y que hace pedazos su espada para no ultrajar al monarca en un momento de ira, aquella noble indignación mal sofocada y aquel triunfo que alcanza cuando Carlos, admirado y conmovido, le premia dándole su espada; todo aquello, lo repito, es dramático, es bello, es admirable.

La comedia termina con un rasgo de ingenio de la discreta Ines.

Los galanes ocultos en aquella casa son perseguidos de nuevo por la ronda: el rey no quiere descubrirse; César, á quien el rey colma de honores, no puede separarse de su amada: Ines los salva á todos.

El alcalde entra en la estancia con sus lebreles, exige á los encubiertos que se den á prisión; Ines le llama aparte, le da la cadena que ha recibido poco antes de manos del emperador, y el rigido representante de la justicia, *mejor informado*, se marcha.

— Me equivoqué, dice á sus alguaciles, no son estos señores los que buscamos.

Carlos no puede castigarle, porque su tejado es de vidrio.

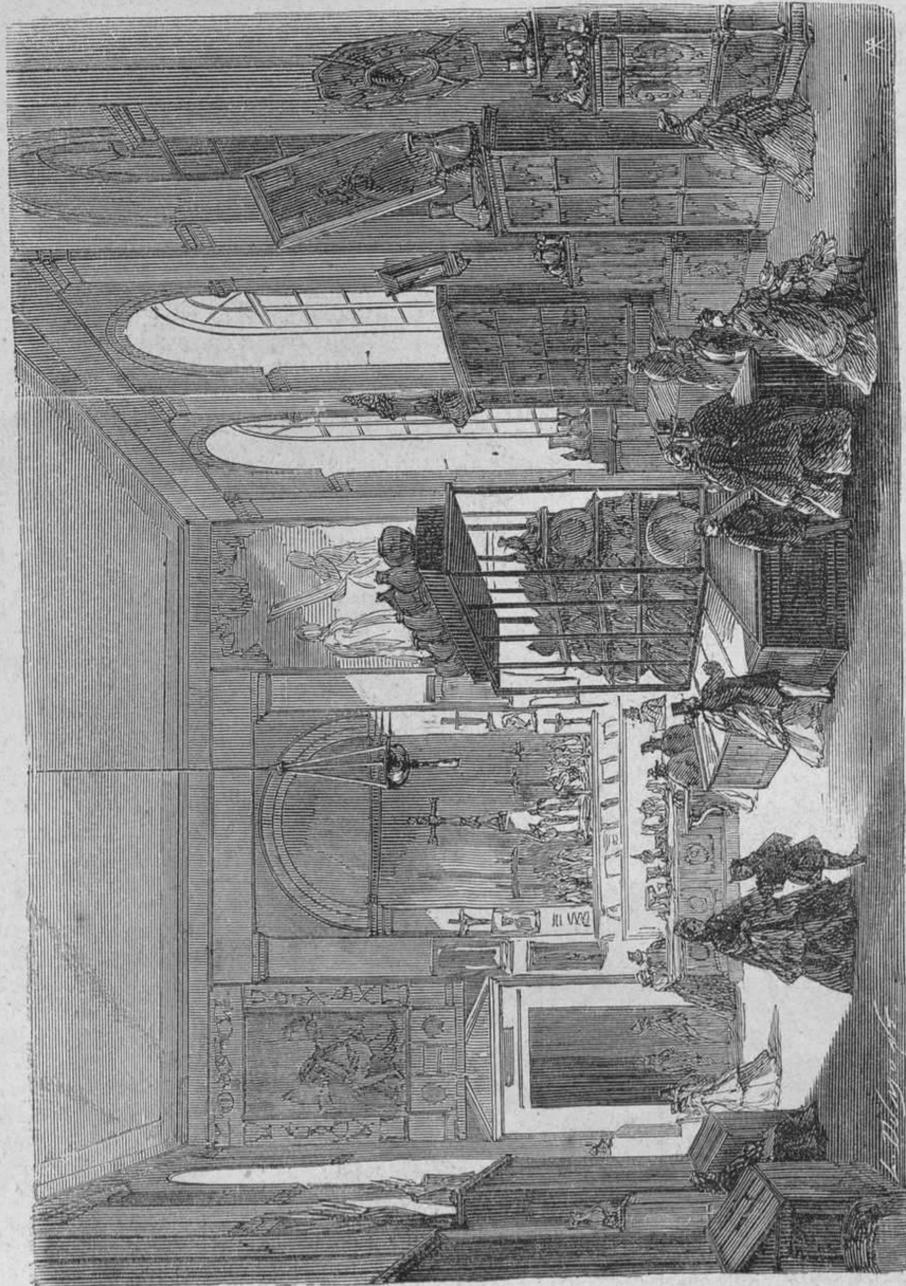
La moraleja se comprende, y el público prorrumpe en espontáneos y sentidos aplausos.

Para que nada falte á la comedia que he analizado, tiene también sus correspondientes cuentos, oportunamente colocados en boca de los graciosos, y no puedo resistir á la tentación de citar uno de ellos, el que refiere Lagartija á don César, para probarle que no debe luchar con el emperador, porque las consecuencias son siempre fatales.

El flamante alguacil dice al enamorado y celoso galán:

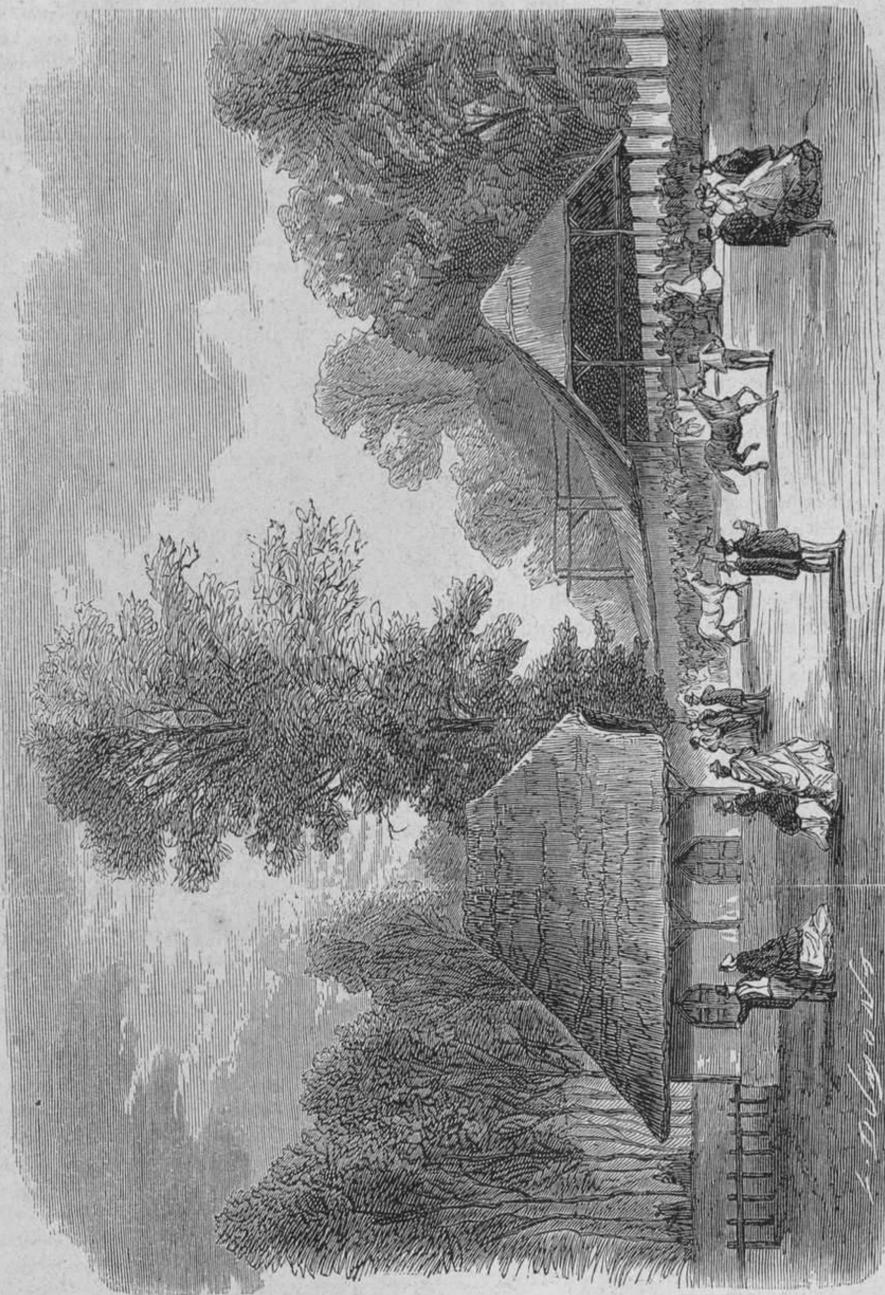
Un portugués de buen cuño
Dió en la calle un tropezón;
Cayóse, y se hizo un chichón
Contra un canto como un puño.
En su cólera, valiente
Por tomar venganza, airado
Tiró á la piedra un bocado
Y se quedó sin un diente.
Y luego con grande aplomo
Dijo, reparando en ello:
«Si eres mas dura, me estrella:
Si eres mas blanda, te como.»
Pues lo que os sucede es,
Sin quitar ni poner nada,
La consecuencia endiablada
Del cuento del portugués.
Andando por vuestro amor
Contra el rey os habeis dado,
Chichón se os ha levantado,
Y aun quereis morder, señor;
Y no sé cómo á las mientes
No os viene que obrando así,
Os vais á quedar aquí
Descalabrado y sin dientes.

Como esta obra no tiene mas pretensiones que las de recordar esa multitud de comedias que forman el precioso tesoro de nuestra literatura dramática del siglo XVII; como no falta ingenio en ella; como su ver-

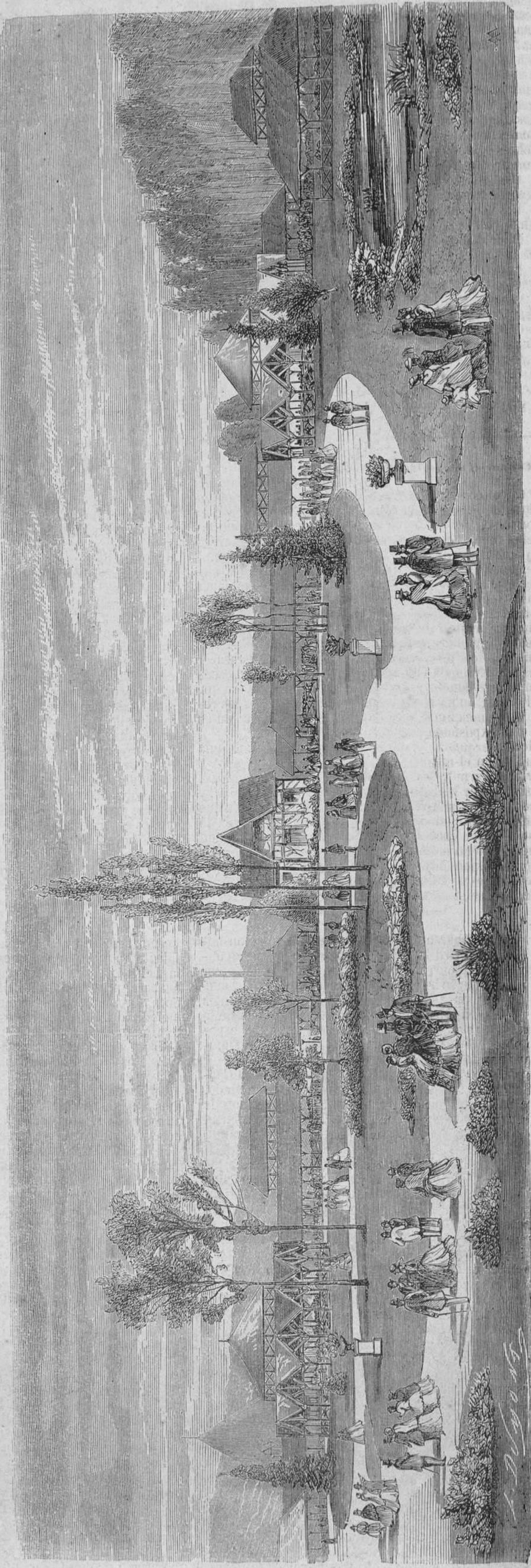


Exposicion artistica.

CONCURSO REGIONAL DE EVREUX.



Avenida de Caen. — Exposicion caballar.



Prado del Ebat. — Exposicion de ganado.

sificación es brillante, inspirada; como abunda en conceptos que nada tienen que envidiar a los mas bellos de las comedias de Lope y Calderon, pueden perdonarse la ligereza y la falsedad del carácter del monarca aventurero, y algunos otros lunares de los que no se hallan libres las obras mas notables de los mas célebres poetas de la edad de oro de nuestro teatro.

Con estas obras dramáticas los teatros han cerrado sus puertas.

Los viajeros veraniegos se marchan con su música a otra parte.

Madrid pues se dispone a salir de su casa.

Pero en la villa del oso y del madroño nunca faltan para un revisitero asuntos de que echar mano.

Con este convencimiento hago punto final, y se despide hasta otro día vuestro cronista

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de mayo de 1864.

Concurso regional de Evreux.

El concurso de Evreux formaba parte de la segunda serie de los concursos regionales franceses, y debía tener lugar al mismo tiempo que los concursos de Tulle, Perigueux, Melun, Epinal y Grenoble. Las exposiciones de estas cinco regiones se han asemejado a todas las de este género. El público ha podido ver en ellas animales, productos agrícolas y maquinaria con mas ó menos adornos. En Evreux no ha sido lo mismo, y este concurso que se dirigió ocho días, no ha tenido precedente. En primer lugar le acompañaba una exposición artística, científica y arqueológica que habia reunido en el mismo local los tesoros de arte y las curiosidades poseídas por los aficionados mas ricos de la comarca. Ya el año último habia habido una exposición de esta clase en Agen, llamando mucho la atención esta reunión momentánea de riquezas, que sin esta circunstancia habrían permanecido ignoradas en



EXPOSICION DE 1864. — La muerte del abanderado Montmollin, el 10 de agosto de 1792, cuadro por M. Bachelin.

las colecciones particulares. La exposición artística de Evreux era muy notable bajo este concepto, pues ofrecia al público verdaderas maravillas del arte de la edad media, al lado de productos admirables del arte moderno.

Se han observado sobre todo interesantes muestras de antiguas porcelanas de Ruan y de Italia, objetos de marfil esculpidos, esmaltes sumamente raros, obras de cerrajería del siglo XV, tapicerías de Beauvais y de Gobelinos (género antiguo), un rico mueble de ébano esculpido, y en fin numerosos artículos de platería religiosa y de cerámica. En resumen, esta exhibición artística ha tenido el éxito mas feliz y mas legítimo.

Pero la parte excepcional y verdaderamente notable del concurso no estaba aquí, sino en las disposiciones tomadas para dar un aspecto particular a esta exposición de máquinas, de productos y de animales. Figúrese el lector un parque inmenso, con sus avenidas, sus céspedes, sus cuadros de flores, su lago y sus arroyuelos; aquí y acullá establos rústicos con techumbre de paja, donde habian colocado a los animales por razas, por familias, con todas las comodidades de una instalación definitiva, toros, vacas, ovejas, carneros padres, puercos y aves de corral, y en medio de todo, lo que no es frecuente hallar en un concurso ordinario de animales de la agricultura, una magnífica exposición de caballos.

El concurso de Evreux es el concurso de la Normandía, y por eso no faltaban allí buenos caballos, buenas vacas y hermosos toros. Muy luego se conocia en la elección de los animales expuestos que aquel era el centro del mas rico país de producción agrícola de la Francia. Todo contribuía a embellecer el concurso: la proximidad de Paris habia atraído a los primeros fabricantes de instrumentos, y la época un poco rezagada de la apertura del concurso habia podido concentrar en Evreux el interés de todos los agricultores y la curiosidad de todos los aficionados a las fiestas brillantes y útiles. V. B.



Las ninfas en la tumba de Adonis, cuadro por M. A. Gendron.

Exposicion de 1864.

CUADROS REPRODUCIDOS EN ESTE NUMERO.

El cuadro de M. Gendron: *las Ninfas en la tumba de Adonis*, es una poesia pintada, una de esas poesias encantadoras que el artista sabe expresar tan bien á beneficio de un dibujo suave y de unos toques de pincel de la finura mas exquisita: es un idilio antiguo. Los editores de estampas hallarán en esta nueva obra de M. Gendron una pareja para las *Willis* del mismo pintor, que obtuvieron tanto éxito.

M. Bachelin ha expuesto con este título: *la Muerte del abanderado Montmollin el 10 de agosto de 1792*, una pintura que se hace notar principalmente por sus hermosas cualidades de colorido y por el juego bien combinado de la luz. Un rasgo de heroísmo ha inspirado al artista. Su cuadro representa al abanderado Montmollin envuelto en su bandera blanca y recibiendo el golpe mortal; en su derredor los suizos contestan al fuego de fusilería de los agresores, y en el fondo se distingue el palacio de Tullerías.

A. M.

Revista de Paris.

El mundo elegante acude en tropel á las carreras de caballos. El otro domingo se corria en Chantilly el Derby francés, luego ha habido carreras en la Marche, en Vincennes, en el bosque de Boulogne.

El Derby de Chantilly ha estado muy brillante; pero los grandes triunfos del Jockey-Club de Paris han sido alcanzados en Epsom y en el bosque de Boulogne, contra los caballos ingleses en que se fundaban mayores esperanzas. Despues de la victoria de *Hija del aire*, que promovió tan gran tumulto en Epsom, como hemos contado ya á nuestros lectores, hé aquí á *Vermout*, de M. Delamarre, llevándose el gran premio de la villa de Paris (100,000 francos), con mas un objeto de arte ofrecido por el emperador, y el precio de las entradas, que á razon de 500 francos sobre ciento veinte y seis potros y potrancas inscritos para la lucha, forma una cantidad respetable.

Todo cuanto dijéramos sería poco para pintar el entusiasmo que este resultado produjo en la inmensa muchedumbre que llenaba las tribunas, el interior de la pista y las inmediaciones hasta una larga distancia. Se arrojaron al aire los sombreros, se llevó en triunfo á M. Delamarre hasta el palco imperial, y cuando por fin le dejaron en el suelo, debió verse enterrado bajo una inundacion de ramos de flores.

Celebrábase en efecto una gran victoria. *Vermout* habia vencido á *Blair Athol*, el que ha ganado el Derby inglés, y el caballo de mas reputacion en toda la Inglaterra. Así el Jockey-Club estaba brillantemente iluminado aquella noche, y ya tenemos á los franceses proclamando la superioridad de la raza de sus caballos corredores. Esta emulacion nos promete luchas animadas en lo futuro.

El mismo domingo otra escena no menos tumultuosa tenia lugar en Paris con motivo de la elevacion del *Aguila*, ese globo gigantesco de los hermanos Godard, que decididamente se muestra de una timidez desesperante. Hace algunos dias se elevó en presencia de algunos íntimos, y en vista de una prueba tan satisfactoria se creyó poder convocar de nuevo al público. Este no faltó á la cita en la plaza de la Europa; pero el *Aguila*, dominado por su timidez característica, apenas se hinchó completamente, y á las siete y media el aeronauta, cansado de esforzarse en vano, dió parte á la multitud de los caprichos de su globo, suplicándola que se dispersara. Así lo hizo, aunque no con toda la calma que habria sido de desear, y los habitantes del barrio estuvieron aturdidos durante una hora con las canciones, los gritos y vociferaciones de los descontentos. La guardia de Paris debió intervenir para restablecer el orden, y á las ocho y media se habia disipado el alboroto. La autoridad embargó el producto de las entradas, y parece ser que ha prohibido á los hermanos Godard el que intenten otras ascensiones con su célebre globo.

El mundo de las artes y las letras está sufriendo en estos últimos tiempos pérdidas crueles. Ayer eran Halevy, Delacroix, Flandrin, Meyerbeer: hoy es Fiorentino, uno de los hombres que hacen mas honor á la crítica francesa. M. Teófilo Gautier ha pronunciado sobre su tumba provisional un elogio del difunto, sentido y brillante como no podia menos de esperarse del que ha sido por espacio de tantos años su amigo y compañero de tareas. Todas las semanas Fiorentino publicaba dos revistas teatrales, una en el *Moniteur* y otra en la *France*, que se han contado siempre entre las mas leídas.

«Este trabajo, que se cree tan ligero, es bien pesado, dice Teófilo Gautier; para soportarle es preciso tener un cuerpo de atleta, un pensamiento alado, incansable, siempre despierto. Ser chistoso un dia determinado, prescindiendo siempre de las tristezas, de los desfallecimientos de la vida, á propósito de todo y de nada, no obstante la ausencia de motivo, ¡dificultad inmensa! Improvisar sobre el tema arrojado al acaso por el teatro; poseer un repuesto de erudicion para todas las materias; transformar una pieza inepta en un artículo hechicero; conocer á fondo el repertorio y el personal del arte; manejar con urbanidad ese amor propio del artista, mas irritable aun que el del poeta; no guardar para sí nada de su vida ni de sus ocios; acudir á la primera llamada de la idea; ocuparse siempre de la gloria ajena y jamás de la propia; ser la trompeta cuando se podría ser la lira; reunir la actividad del hombre de mundo al trabajo del hombre de gabinete; arrojar al viento sin contarlas páginas que serian la honra de un libro: ahí está lo que se llama un oficio frívolo, oficio en que se hallarian atascados muchos hombres formales.»

Efectivamente, tal era la tarea que como Jules Janin y el mismo Teófilo Gautier, autoridad bien competente en la materia, llevaba á cabo Fiorentino con un éxito feliz que casi podriamos asegurar no ha decaído en ninguno de sus folletines. Y es de advertir que Fiorentino tenia contra sí una dificultad poderosa, la de no ser francés; pero en este punto todos le hacen justicia, y reconocen que poseia este idioma con una perfeccion que le envidiaban muchos escritores franceses.

«Fiorentino al hacerse francés, añade M. Gautier al concluir su discurso, no habia olvidado á la Italia, á la santa madre, *alma parens*; muy á menudo pensaba en ella, y se forjaba en alguna blanca villa de Sorrento ó de Amalfi, enfrente del mar azul y de los hermosos naranjos, una de esas existencias perezoosas que constituyen el sueño de todos los grandes trabajadores. No decia como los ingleses: Ver Nápoles y morir; sino que decia: Volver á ver Nápoles y vivir. Todo sueño humano se cumple: se llega siempre, aunque á veces se llega muerto. Fiorentino regresa á Nápoles, pero en un féretro. Que la tierra natal le sea ligera, como ha sido apacible para él la tierra extraña, y que descansan en paz cerca de las tumbas de Virgilio y de Cimarrósa.»

A las exequias que se hicieron en Paris al afamado folletinista en la iglesia de Nuestra Señora de Loreto, asistió una concurrencia numerosa, entre la cual se distinguian el conde Baciocchi, el baron Taylor, Auber, Alexandre Dumas, Théophile Gautier, el príncipe Poniatowski, Emile de Girardin, Granier de Cassagnac, Paul Lacroix, Léon Gozlan, Méry, Arsène Houssaye, Paul de Saint-Victor, Jules Favre, Félicien David, Berlioz, Clapisson, Perrin, director de la Opera, Edouard Fournier, Boniface, Achille Denis, Victor Massé, Auguste Vitu, Aurélien Scholl, Jules Prével, el marqués del Grillo, Caími, de Filippi, Braga, Palizzi, Launoy, Théodore Barrière, Nogent Saint-Laurens, Xavier Aubryet, Léo Lespès, Raymond Deslandes, de Courcy, Plouvier, Sarcey, Michel Lévy, Ernest Dréolle, Charles Edmond, Levasseur, de la Opera, Mermet, Heugel, Maquet, Léon Halévy, Cohen, Pollonnais, de Bazancourt, Henri Delaage, Emile Abraham, Gueymard, Bressant, Clarence, Tisserant, Lugnet, Dumaine, Couder, Mocker, Perrot, y muchos artistas de ambos sexos de los principales teatros de Paris.

Tenemos á la vista un importante trabajo debido á M. Legoyt, jefe del negociado de estadística en el ministerio de Comercio, agricultura y trabajos públicos de Francia, que ha llamado mucho la atencion de los aficionados á los datos curiosos. Trata del suicidio en Europa, y ha sido leído en una de las últimas sesiones de la Academia de medicina de Paris; hé aquí un extracto de sus conclusiones:

1º Aumento del suicidio. — En Baviera, Dinamarca, Francia, Hanover, Mecklemburgo, Prusia, Sajonia real y Suecia, el suicidio progresa con mas rapidez que la poblacion y la mortandad general.

2º Importacion numérica del suicidio. — Este domina en los Estados alemanes del Norte y en diversas partes de Dinamarca, Suecia y Noruega están á una gran distancia de Dinamarca, aunque pertenecen á la misma raza. La Inglaterra, á pesar de la posicion contraria, se halla en el último lugar sobre la frecuencia del suicidio. La muerte voluntaria tampoco hace gran número de víctimas en Bélgica, Austria y España, tres países católicos. La Francia ocupa una posicion intermedia; estaria al nivel de las tres últimas naciones, si fuera posible eliminar los suicidios de Paris, que forman la última parte del total de toda la Francia.

3º Suicidios femeninos. — En general se cuentan 29 ó 30 mujeres suicidas por 100 del sexo masculino.

4º Por edad. — Los suicidas crecen regularmente con la edad lo menos casi hasta los sesenta y setenta años.

5º Por meses. — Por lo general el mes de enero es el que cuenta menos suicidas, y el de julio mas.

6º Causas. — Fuera de las enfermedades mentales y sufrimientos físicos que afectan casi del mismo modo á entrambos sexos, las mujeres ceden mas bien á las influencias morales, mientras que los hombres se impresionan con particularidad por las afecciones materiales. La embriaguez y el desenfreno no figuran sino en corta cantidad entre las causas indirectas de los suicidios femeninos.

7º Suicidios por estado civil. — En los países donde se ha efectuado esta investigacion (Dinamarca, España y Sajonia) los casados ceden menos á esta funesta influencia y los viudos mas. Con ciertas proporciones hay una clase que suministra mas suicidas aun; son los divorciados ó separados.

8º Suicidios segun los cultos. — En Prusia, en el período de dos años, se ha probado que los protestantes han suministrado 153 suicidios por un millon de individuos, los israelitas 51, y los católicos solamente 47.

9º Ciudades y campos. — Los suicidios son mas numerosos en las capitales que en el resto del país.

En suma, el hecho mas característico que resulta de este trabajo, es el aumento rápido y general del suicidio. El autor examina si este aumento no debe atribuirse á la competencia ilimitada, á la supresion de toda gerarquía, al culto mas ó menos exclusivo del bienestar material, á la aspiracion á las riquezas, á las excitaciones de la ambicion, á las crisis políticas y á la especulacion.

Los periódicos de la semana nos pintan á la apacible ciudad de Burdeos entregada en estos momentos á la fiebre del oro. La California de los bordeleses está oculta aun, pero hay tradiciones y leyendas que prometen su descubrimiento en breve plazo.

Explicaremos un poco este misterio. Dicese que en 1791, los monges del convento de los Cartujos arrojados de su retiro, escondieron antes de marchar dos baricas de oro y algunos vasos sagrados en la celda del prior; despues se varió el escondite, y el tesoro pasó á la iglesia detrás del altar mayor.

Un hermano lego que se quedó en Francia reveló este secreto á un cerrajero, quien al morir le confió á su hijo.

En 1818 el cura de San Bruno, parroquia erigida sobre el sitio del antiguo convento, mandó hacer excavaciones y se encontraron algunos vasos sagrados, que han sido vistos por perso-

nas que viven todavía. Este venerable eclesiástico, M. Charrier de la Martiniere, se mostraba muy generoso con los pobres, y como sus limosnas sobrepasaban mucho á sus escasas rentas, se creyó que habia hallado el tesoro; pero preciso es añadir que disfrutaba de una fortuna personal considerable.

M. de la Martiniere vino á fijarse en Paris en 1827. En 1833 el hijo y el yerno del cerrajero emprendieron nuevas excavaciones que fueron abandonadas al cabo de siete años de un trabajo inútil. Despues las continuó una compañía que se retiró en 1852, y tres años despues se formó otra que no fué mas feliz en sus pesquisas.

Entonces se recurrió á los medios sobrenaturales. Llamaron á un brujo de Rochefort, á una bruja de la Auvernia; consultaron á sonámbulos; enviaron tierra á Bélgica para saber por alguna pitonisa célebre si no habia un tesoro oculto en el lugar de donde habian tomado aquella tierra.

Todo esto no podia ser mas útil que era razonable. Pero hoy se presentan nuevos campeones, y el señor alcalde declara que la demanda que le han dirigido tiene un fundamento serio y racional, ¿Se descubrirá el tesoro? El porvenir lo dirá.

Añádese que la suma oculta asciende nada menos que á veinte y cinco millones de francos; y sobre esto la leyenda popular expone que esa cantidad representaba el rescate de un rey de Francia, que los religiosos habrian reunido para remediar una desgracia pública en el caso en que otro Francisco I cayese en el campo de batalla en manos de sus enemigos.

No nos descuidaremos en anunciar el resultado de las nuevas excavaciones que tienen tan exaltadas á las imaginaciones bordelesas.

Ya que hemos emprendido esta excursion fuera de Paris, nos trasladaremos de Burdeos á Angers, donde segun el cronista de la *Independencia belga*, ha tenido lugar un episodio digno de referirse.

Cuando se efectuó la exposicion de bellas artes y de la industria, se imaginó para atraer gente una magnífica cabalgata, que figuraba la entrada de Francisco I en Angers.

Ahora bien, el que debia representar al «Padre de las letras» era un joven rico, con las cualidades físicas mas á propósito para el papel que se le habia confiado.

Los forasteros habian acudido en monton hasta del fondo de la Vendée, y una inmensa muchedumbre se apiñaba en las calles por donde debia pasar la lujosa comitiva.

Ahora bien, mientras desfila el cortejo en medio de las aclamaciones del gentío, una aldeana se destaca de la multitud y se arrodilla delante del rey, que detiene á su caballo.

— ¿Qué deseais, buena mujer?
— ¡Ah! Señor, tengo que pedirnos una gracia.
— Hablad.
— Quisiera una pension, replica la aldeana que tomaba muy por lo serio aquel ceremonial.

— Concedida, responde el rey, y ahí va el primer plazo. Y al mismo tiempo arroja un billete de cien francos á la pobre mujer, quien desde entonces sigue cobrando su renta, y tranquila sobre su porvenir, cree firmemente que vive bajo el reinado de Francisco I.

Volviendo á Paris, concluiremos la revista de esta semana diciendo que el tribunal supremo ha desestimado el recurso de apelacion de La Pommerais. El procurador general M. Dupin, despues de discutir y rechazar los cinco puntos de nulidad presentados por el abogado defensor del reo, M. Bozerian, y de los cuales no nos haremos cargo, pues solo ofrecen un interés técnico, concluyó su enérgico discurso con una digresion sobre las circunstancias del crimen, y una noticia histórica sobre los envenenadores y los envenenamientos, remontándose á tiempos muy lejanos, y en fin, sobre los seguros sobre la vida, que criticó fuertemente, y hácia los cuales llamó la atencion del legislador, puesto que estos pueden dar margen á crímenes tan odiosos como el que ha consumado el médico homeópata.

En el dia no falta mas que saber cuál es el resultado de la súplica dirigida al emperador por el mismo jurado que le declaró culpable.

P. D. Este resultado ha sido negativo, y La Pommerais ha expiado su crimen en la mañana del jueves, en presencia de una inmensa multitud que habia querido asistir á tan horrible espectáculo.

MARIANO URRABIETA.

No como en casa.

Entre los mil recursos de buena sociedad que han inventado la fraseología moderna, ninguno nos parece mas filosófico, ni retrata mejor el espíritu de nuestra época, que la exclamacion vulgar: *No como en casa*.

Estas palabras, que lo mismo son hijas de la alergia que de la desesperacion, que significan tan pronto un desaire como una amenaza, han llegado á popularizarse de tal manera, que apenas se encontrará un individuo, sean cualesquiera su edad y su condicion, que no las haya pronunciado en circunstancias mas ó menos solennes.

Citaremos algunos ejemplos. Luis es un muchacho apreciable y juicioso. A los ojos de su mujer, no tiene mas defecto que ser su marido; á los de las demás, no tiene otra falta que no serlo suyo. Luis es muy desgraciado a pesar de todo. Con mas alienos que un portugués rico, y mas esperanzas que un autor coronado, Luis no ha podido pasar de su modesta categoria de oficial primero de la clase de últimos en una direccion. Esto le desespera tanto mas cuanto que debe llegar su suegra de un momento á otro, en compañía de su mitad que viene á la corte á pretender, y ya le han anunciado que no le harán la ofensa de ir á parar mas que á su casa.

Luis tiene la debilidad de estar dominado por su costilla, como él la llama, y no se extraña por lo mismo

cuando al entrar en su habitacion se encuentra en medio de ella una cama dispuesta para los viajeros, mientras le dice la criada señalándole un colchon tendido en el suelo de un aposento contiguo:

— Aquel colchon es para Vd.; lo ha mandado la señorita.

Luis vuelve a ponerse el sombrero y el talma que habia dejado sobre una silla, y retrocediendo sobre sus pasos llega a la puerta de la escalera.

— ¿A dónde vas, querido esposo? grita en esto a su espalda una voz dulce y provocadora.

— Tengo que hacer, murmura por lo bajo el infeliz.

— ¿Cómo? ¿cuando es probable que esta misma tarde tengamos aquí a los forasteros!

Luis dirige una mirada a su mujer y otra al cielo raso de su habitacion; despues, tomando una resolucion heroica, abre el picaporte y exclama con acento entrecortado:

— Me voy; no como en casa.

La oracion, sin embargo, está mal construida; Luis solo debe decir: no como. Mientras su suegra, ya instalada en su cuarto, oye de boca de su mujer la relacion de la conducta inmoral y viciosa de un hombre que se atreve a comer fuera de su casa, él cruza como un desesperado las calles del Retiro, y envidia la suerte del hombre de barro colocado sobre la fuente egipcia, que si no está tan abrigado como él, tiene por lo menos la dicha de no conocer a su suegra.

Y si semejantes frases significan en este caso toda la angustia, todo el dolor que pueden caber en un hombre predestinado, ¿cuál no será su importancia y su significacion cuando broten en una expansion de alegría?

Figuraos un estudiante de leyes que ha salido de su casa con el cuello del gaban levantado para que no le conozcan sus acreedores, y que se presenta poco despues a la patrona, no ya con el gaban, sino hasta con el chaleco desabrochado, y la dice mostrándole un billete de loteria en una mano, mientras agita en la otra un enorme cigarro de cuatro cuartos, con todas las apariencias de un palo del telégrafo:

— Patrona, no se canse Vd. en esperarme; no como en casa.

Figuraos despues al estudiante instalado en una mesa del Císpes enfrente de un amigo, y decidme si ciertos goces pueden disfrutarse bajo el techo del hogar doméstico, y si no es una cosa muy agradable no comer en casa.

Esto, sin contar con los mil compromisos de que puede librarlos aquella indicacion hecha a tiempo.

Dos antiguos conocidos se tropiezan en la Carrera de San Gerónimo.

— Adios, don Márcos.

— El le guarde, mi querido don Restituto.

— ¿Usted por Madrid?

— Sí, señor, aquí vengo a reponerme...

— ¡Cómo! ¿padece usted?

— Sí; una cesantía crónica de que han prometido curarme.

— ¿Y viene Vd. solo?

— Solo; pero tenemos mucho que hablar; ¿Vd. ha comido?

— No, señor; voy precisamente a eso.

— Entonces me convido; acompañaré a Vd., y de paso veré a mi señora doña Mónica y a los chicos.

— Lo siento mucho; pero es imposible.

— ¡Imposible! ¿y por qué?

— Hoy, contra la costumbre de toda mi vida, no como en casa.

No hay que darle vueltas; pudiéramos aducir mil ejemplos semejantes que nos conducirían a declarar las fondas establecimientos de utilidad nacional.

¿Qué héroe, antes ó despues de una batalla, qué dramaturgo, antes ó despues de un estreno, qué padrino, antes ó despues de un lance de honor, han comido jamás en su casa?

No comer en casa equivale a ser rico, es hacer una campaña de la vida fuera de sus posiciones, es tener una doble personalidad y hasta una doble vista, porque a través de lo que toma, se está reflejando lo que deja.

¡Desgraciados aquellos que no han tenido ocasion de exclamar: ¡No como en casa! Esos son los que llamados a definir un Napoleon, escribieron en un diccionario:

« *Napoleon*: moneda de 5 francos que se usa en Francia. — Nota: Tambien hubo un emperador de este nombre. »

Y sin embargo, ¿quién ignora lo que es un napoleon?

Preguntad a un borracho qué representa esa moneda, y os contestará que es un océano de vino; ochenta y cinco vasos que en una cabeza bien preparada equivalen a ochenta y cinco dias de felicidad.

Preguntad a un avaro, y os dirá: un napoleon es una parte de vida que se adquiere, una dicha que se compra; guardado, un vicio que se evita; en circulacion, un deseo que nace.

Preguntad a una muchacha bonita y alegre, y os contestará: un napoleon es el lazo con que adorno mis cabellos y en que prendo muchos corazones; es mi abanico de chinos, detrás de cuyo varillaje han hecho mis ojos mas guerra que todas las baterías de Sebastopol.

Y si esto os dice la joven presumida, oireis decir al amante:

— Un napoleon es el rostro de mi amada, adquirido a esa costa en una fotografia; es el billete del baile de máscaras, donde podré verla y contarla mis tristezas al compás de la polka; es el carruaje en que podré llevarla con su mamá al Prado la tarde en que pueda vernos mas gente.

Y dirá el almibarado pollo:

— Un napoleon, ¡bah! eso cuestan unos guantes en casa de Dubost, unos pasteles en casa de Lardy, un folleto en la imprenta nacional, ó un chocolate y un puro en el café Suizo.

Y el que sepa apreciar lo bueno en su justo valor, prescindirá de las definiciones; pero al verse con un napoleon, sonreirá para sus adentros y exclamará dirigiéndose al primero que tenga a mano: No como en casa.

En buen hora sostengan los moralistas que la comida es el lazo de union de las familias, el vínculo del hijo con el padre, del novio con su prometida, del amo con su criado: esta teoria ha caido por su base desde el momento en que comen tambien los hombres solos.

¡No como en casa! hé aquí la expresion mas fiel de nuestro siglo nivelador y caprichoso, de nuestro siglo, que en su afán de crear, ensancha a un tiempo los límites de la inteligencia y los del estómago.

Un amigo vuestro, un compañero de la infancia debe partir en breve; el buque le aguarda en el puerto; dentro de algunas horas abandonará la ciudad, la patria, la Europa quizá, sin que quedé de él mas recuerdo que su nombre que creereis escuchar en el murmullo de las olas al besar la playa. Deseariais acompañarle, dividir con él los peligros; pero ya que esto no es posible, enlazais al suyo vuestro brazo y lo conducis a una fonda de las mas ignoradas, no sin decir antes a vuestra madre: No como en casa.

Y haceis bien: quizás el desventurado se aleja para siempre; los vientos son traidores, las ondas coquetas, la nave va entregada al acaso; el océano es el sepulcro de muchas esperanzas; vuestro amigo lo sabe, y por eso os confía todos sus secretos, os da la misteriosa llave del tesoro de sus sueños, y derrama al concluir lágrimas de las cuales se avergonzaria delante de gente.

Años despues le encontrareis en el puerto sano y salvo: no como en casa, vuelve a ser vuestra exclamacion; y los temores de entonces son ahora deseos, aquellos sueños pueden convertirse en realidades, y os trasportais con él a las regiones del nuevo mundo, y brindais tal vez por su suerte, que le ha sacado triunfante de los mares, para hacerle perecer mas tarde en el paso de algun arroyo.

¡No como en casa! Hé aquí la maldicion del amante desesperado, la amenaza del esposo ofendido, la queja del compañero de habitacion, el suspiro del cesante desahuciado, el grito de guerra del hijo desobediente, el *fiat lux* del autor dramático desconocido, el himno de triunfo, por último, del que logra atrapar una rica heredera, ó cobra un crecido dividendo de una mina, de cuyo nombre no quiere acordarse.

¡Ah! nuestros padres debieron ser muy desgraciados. Ellos no conocieron las comidas de cien cubiertos, y apenas si alcanzaron alguna sencilla merienda de campo, preparada en la casa y que se engullian prosaicamente en la Alameda de Osuna, ó en las nada deliciosas ni floridas riberas del Manzanares. Ellos no fueron servidos jamás por mozos de frac y corbata blanca, al resplandor de candelabros de gas, mientras la orquesta daba al aire sus armonias, y los rostros de los convidados alegres y entusiastas se reflejaban como en un espejo en la envoltura plateada de un enorme salchichon de Génova.

¡No como en casa! Hace un siglo nadie podia decir esto sin mandar sacar al mismo tiempo a su mayordomo ó ama de llaves la casaca bordada y el espadin de acero reservado para las grandes solemnidades; habia llegado el dia del santo de algun gran personaje, y este recibia en su casa al confesor y otros dos ó tres amigos, retirando en cambio de la mesa los hijos pequeños, para que no derramaran sobre los convidados la indispensable natilla, ó la taza dorada donde se encerraba el arropo manchego, regalo de las anteriores navidades.

Hoy vivimos en otra atmósfera, y tenemos otros gustos y otras necesidades.

Desde la humilde hosteria donde el trabajador encuentra a las doce su sopa y su cocido, hasta el lujoso hotel donde se encierran todos los productos del arte y de la naturaleza, los hijos del siglo XIX tenemos cuanto pudiera desear la vista mas antojadiza y el espíritu mas apenado y enfermo.

Por eso en todas nuestras grandes alegrías, en nuestros momentos de fastidio, en esas horas en que la soledad parece un asilo bienhechor que la mano de Dios nos depara, y el silencio un consuelo que nos reanima, abandonamos el techo que cubre nuestras esperanzas y nuestras miserias, nos aislamos del mundo en que vivimos, y nos entregamos a la reflexion que produce siempre un buen apetito, despues de pronunciar la frase sacramental: No como en casa.

Gozaos en vuestra obra, hijos dichosos de este siglo; yo tambien quiero gozar alguna vez de sus dulzuras, y si algun dia soy feliz y poderoso, yo os haré cómplices de mi felicidad... pero no; no me busqueis entonces, porque yo, el dia que soy feliz, no como en casa.

MANUEL DEL PALACIO.

Las colonias francesas.

TAITI.

II. — (Véase el número 596.)

El censo de la poblacion indigena hecho en 1860 se-

ñala la cifra de 8,283 individuos en Taiti y Moorea. Si no ha habido disminucion desde los censos anteriores, como han afirmado varios periódicos, tampoco se puede decir que haya habido aumento. Pero preciso es tener en cuenta que en el intervalo, muchas enfermedades graves, asi como las guerras con la Francia, han debido hacer un crecido número de víctimas. En cuanto a la poblacion europea, asciende a 630. Muy reducida es, pero aqui tambien causas exteriores han entorpecido la colonizacion. El descubrimiento del oro en la California, en la Australia, en la Nueva Zelanda y en Vancouver han seducido a la mayor parte de los europeos establecidos en Taiti, y una emigracion considerable le quitó sus trabajadores, lo mismo que dejó deshabitadas las Sandwich y varias comarcas del litoral de América. De esto resulta que Taiti no produce aun todo lo que podria producir, lo que se explica por la prodigalidad con que ha sido dotado por la naturaleza. Como los indigenas encuentran sin trabajo su alimento, se cuidan poquísimo del porvenir. Sin embargo, el taitiano no es perezoso, y siendo muy apto para el trabajo, cada vez que tenga buenos consejos y que le animen un poco, arrimara el hombro. « En los distritos del interior, dice una carta escrita recientemente, la construccion de varias aldeas marcha con rapidez; la de Punaauia, que cuenta ciento diez cabañas, se halla concluida así como la de Arua. Los consejos de distrito se felicitan altamente de estas obras, cuyo resultado es introducir en los hábitos de los indigenas un bienestar y una moralidad que se desconocian hasta ahora. Como cada familia tendrá su cabaña, no tardará en abandonar esas costumbres errantes, esa vida comun que hicieron decir con razon: « En Taiti no hay nombre propio, ni domicilio, ni propiedad particular. »

A esto añadiremos que se han efectuado dos concursos agricolas, uno en 1862 y otro en 1863, y que entrambos han tenido buen éxito. El último comprendia ciento cincuenta expositores, esto es, el doble que el concurso precedente. El aumento se notó sobre todo en los productos destinados a la exportacion y de una importancia mayor, tales como el algodón, el café, la vainilla y el tabaco. Solo el algodón, tan buscado en todas partes desde la guerra de América, y que no contaba mas que ocho expositores en 1862, ha tenido este año veinte y dos. Este es un progreso positivo, y que vigilan con mucho cuidado las autoridades locales.

Bajo el punto de vista pintoresco, los taitianos han cambiado poco desde la época en que los grandes navegantes de fines del siglo último y de principios de este, nos pintaban sus costumbres tan poéticas como singulares. La raza taitiana ha sido y es hermosa, no obstante los excesos a que se entrega desde la fatal introduccion en la isla del vino y los liciores alcohólicos. Los hombres son altos y bien configurados. Dotados de una fisonomia franca y abierta, son buenos, inteligentes, afectuosos y hospitalarios. Hasta se encuentra en ellos una grandeza de alma que ciertamente no es comun. M. Cuzent cita varias pruebas, entre las cuales vamos a elegir el rasgo concerniente al almirante Bruat.

Durante el sitio de Fantahua, este oficial acompañado de uno de sus edecanes, despues de haber examinado los preparativos del asalto que se debia dar al fuerte, tuvo el capricho de tomar un baño en el rio que riega el valle. Allí pasaron lo menos una hora tendidos bajo la fresca sombra ó sumergidos en el agua corriente y cristalina que huía por el centro de la espesura en donde se habian refugiado.

No tardó en sucumbir Fantahua por asalto. Un dia al hablar de este hecho de armas con el jefe principal taitiano que habia tomado parte en la accion, el almirante ponderaba la excelente posicion del fuerte situado a 430 metros en las montañas, cuando este se echó a reír.

— ¿Por qué te ries? preguntó el almirante.

El jefe respondió con mucha ingenuidad:

— Has de saber que si subiste a Fantahua fué porque yo quise... ¿Te acuerdas de aquel dia en que tomaste un baño en el valle con tu edecan?

— Sí, me acuerdo.

— Pues bien, aquel dia te estuve apuntando una hora con mi carabina, y no estaba yo solo.

— ¡Ah! exclamó el almirante sorprendido; ¿y por qué no me dejaste en el sitio?

Al oír esto, el semblante del jefe se animó y contestó alzando la cabeza con orgullo:

— Me habria deshonrado a los ojos de los míos si hubiese muerto desnudo y por traicion a un jefe como tú.

Retrogradando en los recuerdos de esos pueblos tanto como lo permite la tradicion oral de la generacion de ancianos que se está acabando ahora, no puede menos de observarse cierto fondo de dulzura que domina aun las épocas mas bárbaras, y que resalta con toda evidencia hasta en medio de los accidentes que parece deberian dejar menos margen a semejante demostracion. En la guerra, dice el alférez de navio Bovis, si el príncipe vencido se habia librado de la derrota de los suyos y de las primeras consecuencias de la victoria, no perdía mas que una parte de sus tierras, y a veces solo su influencia; siempre seguía objeto del respeto de sus inferiores y de la consideracion del mismo que le habia arrebatado su supremacia. En los sacrificios humanos herian a la victima en el instante en que menos se esperaba, libertándola así de la agonía de la espera, mucho peor que la muerte. El canibalismo, esa antigua religion de los archipiélagos de la Oceania, no habia podido sostenerse en las islas de la Sociedad, y en la época mas remota de que se tenga conocimiento, solo quedaban de él débiles huellas en los ritos sagrados, apenas sufi-

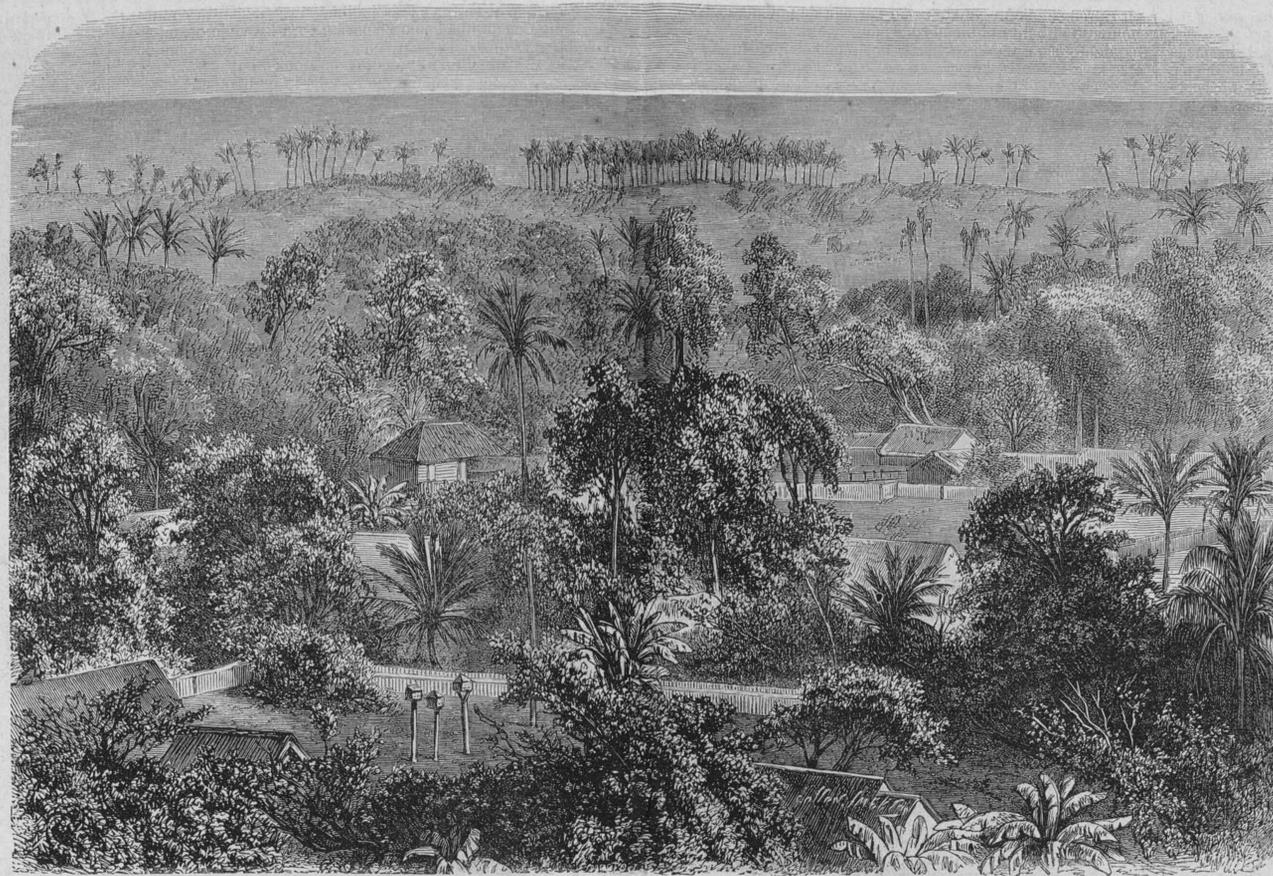


Hombres canaques.

cientes para consagrar la memoria de su antigua existencia. El asesinato, delito aislado, como lo concibe ordinariamente nuestro código, nunca ha sido frecuente, y la religión cristiana tuvo poco que hacer para desarraigarse del todo.

La hospitalidad se ejercía allí con mucha benevolencia, y era vergonzoso no dar a un huésped el objeto que había llamado su atención; esta costumbre se ha perdido mucho. El respeto que los indígenas profesaban a su jefe era verdaderamente digno de admiración, y hacia las veces de un código. A los europeos, y sobre todo a los franceses, se debe atribuir la decadencia de este sentimiento.

Los taitianos han tenido una poesía que se componía de cantos guerreros ó de simples cantares regularmente confundidos. Había también una especie de prosa asonantada, que repetían acentuando ciertas sílabas que acompañaban con una palmas ó con movimientos del cuerpo. Todos estos movimientos se hacían con



TAITI. — Vista general de los distritos de Paré y Papaoa.

cierto compás. Finalmente, había las leyendas y las genealogías, entre las cuales se pueden contar los trozos de historia religiosa ó de cosmogonía. Los taitianos no tenían ninguna especie de escritura, y la memoria de los hombres, sobre todo la de los príncipes y los sacerdotes, era el único vehículo a cuyo favor ha podido llegar su pasado hasta nosotros. Respecto a la lengua que ha conservado estas tradiciones, lengua sabia de los taitianos, cada día se hace menos comprensible aun para los mismos indígenas. «La lengua se altera y perece», dice M. Bovis, y se está viendo que la reemplaza un churrado vago que trata de completarse con las palabras que puede tomar acá y allá de las lenguas extranjeras. De esto ha resultado una falta de claridad que desespera en el discurso. La lengua taitiana no merece el aprenderse para el uso que de ella se puede hacer, caso de que hubiese alguien que la supiera para enseñarla.»

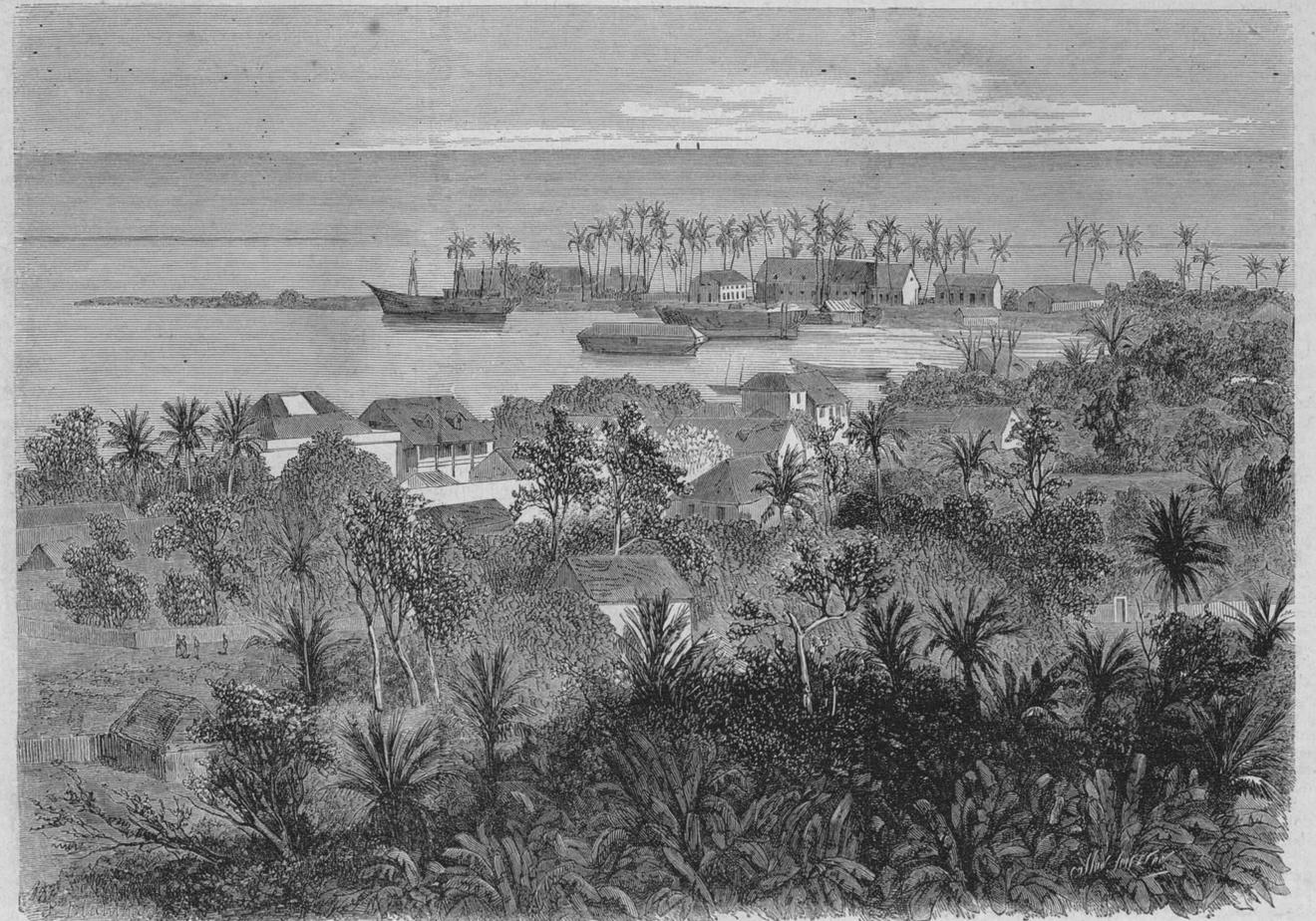
Las predicaciones de los misioneros han hecho desapa-



Mujeres canaques.



Isla Moorea: el hospital y sus dependencias.



Punta de Faré Uté: arsenal y rada de Papeeté.

recer las divinidades que adoraban los taitianos, su culto extravagante y sus sacerdotes; pero les ha costado mas trabajo arrancar de la mente de los indigenas la creencia en la brujería. Los brujos de Taiti formaban una casta particular, que como es de suponer, no se hallaba organizada regularmente: á veces un templo ó marae tenia muchos, y otras veces ninguno. Suponian que el dios elegia su hombre y entraba en su cuerpo; el hombre lo manifestaba por un prodigio cualquiera, y al punto se esparcía la noticia y el cuerpo de este hombre era sagrado. Bajo este concepto, podía no solamente entrar en el marae y donde le agradara, sino subir al altar y entregarse sobre él á las diferentes rarezas que le inspiraba el dios.

Además de los brujos permanentes que consagraban toda su vida á los caprichos de sus divinidades, habia otra clase de brujos tambien que limitaban su industria á ciertos milagros ó ejercicios extraordinarios: el principal era el de los Pimatos ó trepadores de peñas. Hé aqui cómo se cuentan hoy sus hazañas:

Iban al pié de una roca perpendicular y de una superficie tersa y resbaladiza, acompañados de un gran concurso de gente; pronunciaban sus fórmulas ó invocaciones, tomaban despues en cada mano una varilla de palo de hierro, cortada en punta, de seis pulgadas de larga y del grueso de una pluma de ganso, aplicaban á la superficie de la roca estas dos puntas, y se ponian á andar sobre aquella superficie sin la ayuda de sus piés, haciendo que les precedieran alternativamente las dos varillas, que eran los dos únicos puntos de contacto que tenian con la roca. De este modo dicen que llegaban á unas alturas que han quedado inaccesibles despues del establecimiento del cristianismo.

Pero si entabláramos un desmembramiento de los milagros debidos á los brujos taitianos, necesitaríamos un volumen, y lo mismo sucederia con sus historias de duendes, que no carecen de cierto encanto. Muchos taitianos creen todavia estas fabulas, y cuenta M. de Bovis haber oido afirmar que en la proximidad de Opoa á Rajatea hay duendes que agarran al transeunte por el cuello y casi le ahogan, ó que le arrancan súbitamente toda su cabellera, dejándole calvo para siempre. Otros en el distrito de Tevaitapu se contentan con gritar de un modo extraño. Ahora bien, estos duendes son las almas de los que han perdido la vida en una batalla muy sangrienta que hubo antiguamente en este sitio. En Topua, cerca del marae aparecen espíritus malignos que saltan á las piraguas armados con una vara, á cuyo beneficio desvian el rumbo de la embarcacion. Mas afortunada que sus vecinas la isla de Borabora, tiene pocas apariciones, por la razon de que casi todas las almas se van despues de la muerte á Tupai, donde llevan una existencia mas ó menos errante. L. R.

(Se concluirá.)

El homicida.

EPISODIO HISTORICO.

I.

LOS ESPONSALES.

Magníficos aprestos se disponian en el castillo de Stalchid: multitud de lacayos discurrían por sus espléndidos salones, decorando las lujosas piezas del edificio: recamados tapices cubrian el pavimento: cortinajes de brocado sombreaban las ogivas ventanas: girandulas de banderillas con vistosas flores pendían festoneando las esbeltas columnas: frescas y odoríficas plantas embellecian las galerías y retretes: suntuosos candelabros de bronce y oro estaban dispuestos á derramar océanos de luz por todo aquel recinto, mientras infinitos pebeteros de jaspe esparcían profusamente delicados aromas por todos los ámbitos del espacioso castillo.

El baron Astolfo de Mainhien-Stalchid casaba su única hija con el noble conde Poniatowski, y aquella noche se firmaban los contratos.

El ilustre baron, vástago de una influyente familia entre las potestades del Austria, poseedor de vastos dominios en la corte de Viena, y dueño de inmensas riquezas, gozó en otro tiempo del favor del príncipe reinante.

Una cadena no interrumpida de honras y placeres habian sido los fugitivos años de su juventud: rival en amores del mismo soberano, y mas amado que él, unió su destino al de la bellísima Dirliska, encanto de la nobleza austriaca.

Por de contado, esta union desagradó al príncipe, y antes de sentir su desagrado, hizo el baron dimision de sus cargos en la corte, y retiróse á vivir ébrio de amor con su jóven esposa al castillo de Stalchid, magnífica posesion de su familia, á pocas leguas de la capital, á orillas del Rhin.

La naturaleza habia derramado á manos llenas sus dones sobre el ilustre baron, que por otra parte, no era indigno del favor de la fortuna. De noble y simpática fisonomía, anunciaba su exterior su aristocrático origen, guardando en su pecho un corazón amante, compasivo y recto.

Saciado ya, digámoslo así, de los placeres y fáciles conquistas de la corte, al verse dueño del tierno corazón de una mujer codiciada de toda la nobleza germánica, renunció sin sentimiento al favor y á los honores,

y voló á ocultar su tesoro en las fértiles márgenes del Rhin.

La fortuna, esa caprichosa deidad que suele burlar la ansiosa expectativa de los hombres, le siguió tambien á su retiro. La caza, la pesca, el estudio, dividían los cortos momentos que no consagraba al cuidado y regalo de su esposa, la que tan amante como compasiva, empleaba sus ocios en frecuentes actos de una modesta y bien entendida caridad.

Dos hijas fueron las prendas de amor en este matrimonio tan bien avenido. Hasta aqui, nada tuvo el baron que pedirle á su buena estrella... despues, ¡él tambien hubo de pagar su amplio tributo al infortunio!

¡El bien y el mal son gérmenes de vida y muerte! ambos son indispensables en el ascendente y decadente órden establecido por omnipotente mano para el equilibrio de la humanidad.

Hoy llora el que ayer reia: rara vez rie el que halló por primer lote el sufrimiento: no importa; la locomotora marcha del destino no se detiene; el órden moral no se interrumpe; alternan las vicisitudes entre los hombres, pero la misteriosa máquina gira á impulso de la voluntad suprema, cayendo unos mientras los otros se levantan, segun la indispensable evolucion que restablece la armonía.

El baron Astolfo, sometido como todos á la ley universal, vió finar sus alegrías, é inclinó su frente ante la imponente llamada de la adversidad.

La muerte arrebató á su esposa ocho años despues de su matrimonio, contando aun pocos meses su segunda hija, nacida seis años despues de la primera. El dolor del baron fué agudo y profundo: lágrimas continuas anublaron sus ojos, sin que la vista de sus hijas consiguiese distraer su pesar; mas como quiera que el corazón que sufre deja solo escapar las gotas amargas que no caben en él, y abarca con avidez la angustia que rebosa poco á poco, el triste Astolfo aceptó su dolor como lo acepta el alma grande y cristiana, y salvo la incisiva huella impresa en su frente que revelaba la existencia de su padecer, su semblante mostróse sereno, y sus labios hallaron una sonrisa con que agasajar á sus tiernas hijas. La mayor de ellas, Etlvina, era una hermosa niña modelada por las Gracias, cuyo atractivo carece de explicacion, porque reside en el conjunto y no en regulares formas: su acariciadora mirada cautivaba la voluntad del que la veía: ¡pura é ingenua criatura! ¡contados estaban sus dias en la página negra del libro del destino! Sentencia fatal de la que no se apela, posaba sobre aquella frágil existencia, que se deslizaba entre los brazos paternales. ¡Quién habia de advertir la fatídica cifra de la fatalidad sobre aquellos labios purpurinos! ¡quién al verla juguetera y alegre triscar por las anchas avenidas del castillo, sospechara su funesto sino! ¡Aparta, aparta, fatídica y negra sombra que envuelves la vida humana! ¡deja que el hombre mida en su audacia las fuerzas del enemigo que tiene que vencer! ¿porqué no ha de prever su destino? ¿porqué no ha de poder apartar de su camino los escollos que obstruyen la senda que ha de seguir? ¡Ay! ¡no, no! ¡de qué le sirve al naufrago mirar la ola que lo sepulta! La vida es un destierro. La patria está en el cielo, ha dicho un sabio. La razon humana se muestra mas lúcida mientras mas sumisa. ¡La arena del desierto no murmura contra los torbellinos que la levantan!

Etlvina cumplió diez y siete años, y aun brillaba en sus mejillas la infantil pureza, animando sus azules ojos la alegría de la primera edad. Acostumbrada á correr libremente por los verdes prados del castillo, alejábale algunas veces sin temor, ya con alguna jóven de su edad, ya sola, sin que el miedo hubiese jamas hecho palpitar su pecho: llegó un dia en que el ruido de voces extrañas llegó á sus oídos, y mas curiosa que prudente, abrióse paso entre las malezas del bosque para distinguir á los que pasaban costeano su castillo. Apoyóse sobresaltada contra un árbol, porque uno de los varios hombres que se alejaban á caballo, fijó en ella una mirada tan ardiente y fascinadora, que la trémula Etlvina bajó sus ojos dominada por el fuego de aquellas fulminantes pupilas: mientras pasaba el desconocido, quedó como encadenada en su puesto; mas apenas roto el encanto de aquel violento magnetismo huyó desfavorida, y no paró hasta refugiarse en los brazos de su padre. Interrogóla este alarmado por su palidez, y conocida la causa de su espanto, trató de averiguar la procedencia de aquellos extranjeros: inútiles fueron sus investigaciones, y solo pasadas algunas semanas, le informaron sus emisarios de que algunos colonos aseguraban que una partida de foragidos se habia por dos veces presentado en aquellas cercanías, cometiendo algunos desmanes en el país. Los criados y guardas del castillo salieron á la descubierta, pero vanas fueron sus pesquisas.

Estremeciase Etlvina recordando la audaz mirada del desconocido, y no consiguiendo su padre disipar su aprension, determinó llevarla á Viena para distraerla, y así mismo para hacer conocer en la corte á la bella y opulenta primogénita de la ilustre casa de Mainhien. Una lucida escolta acompañó al baron y á su hija en su viaje, precaucion que el buen Astolfo creyó indispensable, para disipar los temores de la sensible Etlvina, en el corto trayecto que los separaba de la capital; habian adelantado la mitad sin que el menor accidente sobresaltase á la temblorosa Etlvina, cuando esta, al hacer galopar tras de un repecho á su ágil cabalgadura, soltó nerviosamente las riendas sobre el cuello del noble animal, á riesgo de ser despedida de la silla: habia distinguido entre las endebles ramas de una maleza, dos ojos cual negros carbunclos, cuya intensa mirada la causó

un estremecimiento ya conocido por ella de antemano. Delúvose el baron al oír el sofocado grito de su hija, é inquieto por su palidez y por el obstinado silencio que oponia á sus preguntas, hizo destacar algunos de sus guardas bien armados, para reconocer el paraje en que se fijaba con terror la vista de la jóven: nada hallaron los criados que comprobase la existencia de ningun visitante en aquel sitio: en la tierra no se notaba huella alguna de pié humano, ni de animal: dieron cuenta de su inútil pesquisa, y púsose de nuevo en marcha la comitiva, no sin que Astolfo deplorase el alarmante estado del ánimo de su hija, toda vez que no hallando causa legítima á su sobresalto, la creyó enferma moralmente.

Apresurábase el buen padre por llegar á la corte, bien persuadido que las distracciones devolverian á su Etlvina su habitual serenidad. Llegaron en efecto sin contratiempo alguno.

Un antiguo compañero de armas del baron, podestá de uno de los distritos imperiales, alojó en su palacio á los transeuntes, y nada omitió aquella familia para hacer agradable á sus ilustres huéspedes su estancia en la capital.

Presentada Etlvina en los aristocráticos círculos de aquella elevada grandeza, objeto de pasion para unas y de rivalidad para otras, congratulóse bien pronto nuestra jóven con los homenajes que la tributaban, reemplazando sus frescos y sonrosados colores la mate palidez que marchitó sus mejillas. El apasionado padre gozaba envanecido en el culto que ofrecian á su hija, y mas que todo, en la fácil pasion que advirtió hacia ella en el único hijo del amigo de sus primeros años. Era este un jóven de grandes esperanzas; de noble fisonomía y de un carácter tímido y reservado como el bello sexo, acompañaba de continuo á Etlvina en las excursiones que con frecuencia hacia por las cercanías de la imperial ciudad, como tambien en los saraos y festines; espectador de los triunfos de aquella encantadora jóven, concibió por ella una pasion inextinguible; la inexperta doncella apenas si notaba el natural efecto de sus gracias.

Brillante concurrencia llenaba una noche el espléndido salon del podestá, que solicitó en agasajar á su hermosa huésped, tenia con frecuencia recepcion en su palacio. Era la hora en que la música de Beethoven absorbía la imaginacion de aquella escogida sociedad.

Un caballero de sueltas y distinguidas maneras ocupaba el asiento del piano, y las teclas gemían deliciosamente bajo sus diestros y afilados dedos; la respiracion de los oyentes estaba como suspendida á impulso del mágico poder del *dilettanti*; tan delicada armonía afectaba visiblemente á la jóven Etlvina, que dominada por la precision de aquellas notas, contestaba distraida á las tímidas preguntas de Adrian, hijo del podestá. La música cesó de repente, y los oyentes, bruscamente sacados de su éxtasis, prurrieron en estrepitosos bravos. Levantóse el caballero objeto de aquella ovacion, y haciendo un elegante saludo, fijó sus negros ojos en la pasmada Etlvina: un temblor nervioso conmovió su ser, temblaron las rodillas de la jóven, y pálida y sin fuerzas, cayó en la silla que habia dejado hacia un instante, sin poder darse cuenta de lo que experimentaba. Aquella audaz y profunda mirada era la tercera vez que trastornaba sus sentidos: verdad es que la presente emocion diferia en cierto modo de las que sintió en anteriores ocasiones. La vez primera, en el parque de su castillo, experimentó un terror indescribible. Luego, en mitad del camino, la fijeza de aquellos ojos la causaron un súbito malestar; ahora sintió cubrirse de rubor sus mejillas y latir con violencia su corazón. Acercóse á ella aquel misterioso personaje como á persona ya conocida, é informóse de su salud con la mas exquisita galantería. Avergonzada la jóven de su incalificable debilidad, trató de dominarse, y contestó con entereza y urbanidad, mas en vano procuró oponer la indiferencia á la magnética mirada que la perseguía; el jóven Adrian, no sabiendo á qué atenerse respecto á los sentimientos de Etlvina, tomó el partido de alejarse algun tanto para observar su conducta. Inquieto el baron por el estado febril de su hija, la propuso retirarse, lo que aceptó con afán; siguióla hasta el vestibulo del palacio la ardiente mirada que habia fascinado á la infeliz Etlvina, la que apenas en su estancia, dejó correr sus contenidas lágrimas; vanas fueron las instancias del atónito baron para hacerla revelar la causa de aquella angustia; dió por excusa un quebranto en su salud, y retiróse á descansar. ¡Ay! el espíritu agitado dispone de la materia, y esta clama inútilmente por reponer sus perdidas fuerzas cuando la imaginacion extralimita sus funciones.

El sueño desertó á la jóven aquella larga noche sin permitirle descanso: aquella mirada profunda, abrasadora, la perseguía sin tregua; antes, sin terror, habia convertido en bandido al que la miró con tanta audacia; ahora que tenia que modificar su juicio, la mirada era la misma; pero ¿qué habia de comun entre un foragido y el elegante diplomático que arrancaba del instrumento las sublimes melodías que aun vibraban en su oído? Es verdad que aquellos ojos, semejantes á los otros, irradiaban un funesto resplandor; pero aquel cumplido caballero habia usado frases llenas de galantería, y una expresion de indefinible ternura modificó su mirada cuando la vió partir.

La infeliz Etlvina consultaba temblando su latente corazón, y estremeciase creyendo que este guardaba la imagen de aquel desconocido; entonces quería buscar refugio contra aquella calamidad en el cariño de su padre, en el amor tranquilo de Adrian... finalmente, que-

ria alejarse de aquellos parajes, quería huir de aquel hombre; pero ¿dónde?

Desde aquella noche desaparecieron de nuevo los frescos colores de las mejillas de la joven, inquietándose otra vez el baron por aquel inconcebible malestar. Inevitables son tal vez los fallos del destino; mas esa tacaña alarma con que el corazón sabe a veces sublevar nuestros sentidos, lleva el carácter de un certero presentimiento. Forzoso le fué a Etelvina dominar sus sensaciones, no siéndole fácil dar una explicación convincente que justificase sus temores.

Una noche en que la joven ya vestida esperaba a su padre para dirigirse al teatro Imperial a ver la representación de una ópera nueva, recibió por mano desconocida un magnífico ramillete de camelias y jacintos, colocado en un exquisito porta-buquet de filigrana: ¿de quién vendría? Tan delicada ofrenda no suele desairarla ninguna mujer; además, también podría ser de Adrian; examinaba atenta Etelvina aquellas flores, y no tardó en descubrir entre sus tallos un doblado billete: dudó en abrirlo, su mano tembló y su corazón latió con violencia; abriólo en fin, así decía:

«Señorita, al leer estas líneas me habreis adivinado: ¿qué os importa mi nombre? si el amor iguala las distancias, nadie os merece mas que yo; jamás una pasión como la que me inspiráis ha sido sentida en pecho humano; mis ojos os lo han dicho: la vida deja de ser un bien para quien ama como yo, si no es correspondido. Sé que hay quien me disputa vuestro corazón; ¡infeliz! nada hay en el mundo capaz de hacerme renunciar a la única felicidad que ambiciono; también abrigo la certeza de que seréis mía ó de la tumba; mi pasión es demasiado grande para no aniquilar cuanto se oponga al único bien que he pedido a la fortuna: os amo mas allá de toda ponderación... tanto amor ha de reportaros alguna ventura; ¡de rodillas os imploro! ¡apiadaos de mí, apiadaos de mí; de vos! dadme una esperanza, dadme la vida, que detestaré si no la aceptáis; si no desechais la ofrenda de una pasión desmedida, si teneis en algo la existencia de un hombre, la vuestra quizá, dejad caer desde vuestro palco una de esas camelias; bastame por ahora ese signo de asentimiento, y mi vida os pertenecerá.»

Difícil sera explicar el efecto que produjo en la hija del baron el contenido de aquel extraño billete: el papel cayó de sus manos, y exánime y agitada como si aquella infernal mirada la persiguiese, comprendió que su porvenir era presa de un fatídico poder; no deseaba saber el nombre del desconocido: su mirada fatal estaba allí: aquel escrito rebosando amor, amenaza y poder, la anonadaba: un temor supersticioso le decía que aventuraba la seguridad de su padre si lo mezclaba en aquel asunto; pero entre ella y aquel hombre terrible era preciso oponer un obstáculo invencible; si alguna vez la idea de ser amada con frenesí dulcificó sus emociones, pronto el terror embargaba sus sentidos, y decidióse a no dar por su parte el menor pábulo a aquella llama que amenazaba devorarla.

So pretexto de una súbita indisposición, dejó aquella noche de asistir a la ópera, y en adelante trató de vivir lo mas aislada que le fuese posible. Transcurridos algunos días en la mayor tranquilidad, presentóse el baron una mañana a su hija con semblante mas alegre de lo que acostumbraba.

—Etelvina, hija querida, le dijo abrazándola, acabamos mi buen amigo y yo, de formar un proyecto del que haceis la mas bella parte: el hijo único y heredero del podestá te ama, y su padre me pide para él la mano de mi adorada Etelvina: he creído observar que ese joven no te es indiferente; mas no obstante, no he querido empeñar mi palabra hasta explorar tus sentimientos; sé que tu corazón no tiene otras afecciones, y siendo para mí este enlace una grata circunstancia, me lisonjeo que darás sin repugnancia tu consentimiento.

Calló el baron, alarmado por el alternativo cambio que observaba en el semblante de Etelvina: una mate palidez cubrió su frente, vistiéndose en seguida sus mejillas del mas vivo carmin, sucediéndose en su mente combates terribles... primero quiso interrumpir a su padre suplicándole que renunciase a su proyecto; luego imaginó ser un favor del cielo aquella propuesta para destruir toda esperanza en el pecho de su incógnito amador. Adrian no le era tampoco antipático: así es, que secando con su batista su frente inundada de sudor, contestó a su padre:

—¿Cómo no he de acceder, padre mio, a lo que me proponéis, cuando manifestáis tanto placer en ver realizado vuestro plan? sí... disponed que sea pronto: los aprestos de un cambio de situación, ya próspera, ya adversa, suelen ser siempre enojosos; además, deseo que se realicen los contratos sin esplendidez... solo en familia, ¿entendéis? Escuchad, amado padre, ¿no os parece que en nuestro castillo seria mejor verificar mi enlace? Sí, sí; además, justo es que para esa solemnidad salga mi hermana Armanda del convento en que se educa: bien, padre mio, vos lo arreglaréis.

No pasó desapercibida para el baron la agitación de Etelvina: la sonrisa nerviosa que entreabría sus labios, el tono febril con que pronunciaba sus palabras y el desorden de sus ideas, le dieron en qué pensar; pero satisfecho del buen éxito de su propósito, se retiró sin pedir aclaraciones, despues de abrazar a su hija. Adrian era el mas feliz de los hombres: parecía que no cabía en su pecho la dicha que le esperaba, y despues de besar amorosamente la mano de su prometida, ocupóse sin descanso de los preparativos indispensables para trasladarse todos al castillo de Stalchid. ¡Cuántos encantos tenían para él estos preparativos! ¡Oh! la felicidad

en perspectiva es la situación de los bienaventurados en la tierra: la realidad mas seductora viene siempre despojada de los encantos que le presta la imaginación. Adrian vivía en el porvenir, y sin embargo el presente era toda la ventura que le otorgaba su destino. Ambos jóvenes paseaban asidos del brazo por las avenidas del palacio formando mil halagüeños propósitos. ¡Pobre raza humana! ¡siempre alucinada! ¡siempre ciega! El edificio de sus ilusiones no lo ve nunca elevarse: a cada paso mira descoloridas las flores que la seducen; su esperanza se trueca en una quimera que la conduce a la fosa, cuando mas cercana la creía a la mansión de su felicidad: proyecta, dispone... ¡humo! ¡nada! el dedo de Dios le señala una senda, ella se resiste... se extravía... ¡pobre humanidad!

El castillo de Stalchid era el receptáculo del placer y la alegría: todo era músicas y danzas; los pobres de la comarca acudían, seguros de hallar en él hospitalaria acogida. Las jóvenes doncellas del distrito venían gozosas a ofrecer sus donativos a la feliz desposada: dentro de pocos días se celebrarían los desposorios, y hasta entonces continuarían las fiestas, y los bailes, y los dulces... ¡qué placer!

Etelvina, acompañada de una encantadora niña de once años, de su hermana Armanda, discurre rodeada de sus compañeras por los bosques y parque del castillo feliz y placentera; mas el prudente baron las invita a no alejarse tanto de la casa, guardándose bien de manifestarle la razón que tiene para ello. Algunos de sus vecinos habíanle asegurado que la partida de foragidos que algun tiempo antes sembró la alarma en aquellos contornos, había vuelto a presentarse últimamente. Astolfo, sin dejar de ordenar algunas precauciones, intimó que nada dijese a su hija receloso de que se asustase; así pues, aquella bandada de palomas, aquellas risueñas jóvenes se reunieron de nuevo en los salones del castillo, inventando juegos y pasatiempos.

Era la hora del crepúsculo. Adrian, cercado de algunos deudos y amigos, escuchaba gravemente las palabras del baron, que refería sus mocedades de tiempo en tiempo; sus ojos buscaban furtivamente los de Etelvina, a cuya mirada contestaba una sonrisa. De repente ella, seguida de las otras jóvenes, dejaron el salón: habían proyectado divertirse con infantil travesura; ocurriosele a Etelvina esconderse, para poner en juego la astucia de sus amigas invitándolas a que esperasen la señal para que partiesen en su busca. Marchó en efecto la hija del baron, y discurrió por todos los aposentos y aun desvanes del castillo para buscar un ignorado escondite. Sus compañeras guardaron silencio, esperando la señal convenida, que seria el sonido de un silbato... Un cuarto de hora trascurrió, é impacientadas las jóvenes, salieron despechadas por distintas direcciones para buscar a su amiga, y manifestarle su desagrado por no efectuar lo convenido: como aves buscando a sus hijuelos, corrían desbandadas, cruzándose en su incierto rumbo, chocando unas con otras en entradas y salidas, cansadas, rojas ya con la fatiga como la flor del granado... ¡Inútil! todo lo habían registrado: en la casa no estaba Etelvina; solo un cierto fragor, como un golpe seco, había llegado a oídos de algunas de las jóvenes; pero estas, algo acobardadas, no lo participaron a sus compañeras, y juntas y admiradas, se preguntaban dónde podría haberse escondido su amiga. Un mohín lleno de gracia frunció el entrecejo de la joven Armanda, declarando que dejaria de jugar hasta que pareciese su hermana y se la multase por tan pesada chanza; indecisas y contrariadas las jóvenes saliendo agrupadas al jardín, no se aventuraban a recorrer sus calles, amedrentadas por las sombras de la noche. Al fin, hubo de tomarse un partido, y fué despachada Armanda, que llorosa llegó a participar a su padre el prolongado escondite de Etelvina. Mientras el baron sin alarmarse consolaba a su hija, asegurándole que él seria mas feliz en sus pesquisas, Adrian, veloz como el gamo herido, desapareció por las anchas galerías del edificio: su planta ligera se escuchaba retumbar por las desiertas habitaciones, no tardando en ser seguido por su padre y el baron; a los que muy pronto se reunieron todos los servidores del castillo: la perplejidad demoraba la diligencia de estos, no así la del activo Adrian, que ya frenético y convulso, despues de registrar sin resultado los aposentos del castillo, corrió como flecha disparada por las avenidas del parque, saliendo por último al lindero del bosque.

El nombre de Etelvina resonaba por aquellos ambientes sombríos, y solo el eco repetía lúgubrememente aquel nombre querido. Repartiéronse entonces en grupos todos los habitantes del castillo, reuniéndoseles varias personas de las cercanías, llevando teas encendidas para explorar todos aquellos contornos, provistos de cornetas y silbatos, para en caso de encontrar la que buscaban, participarlo a los demás. Brillaban como rojizas estrellas a desiguales intervalos las apartadas luces entre las macizas sombras de los árboles; pero diríase, al escuchar solamente el ruido de sus pasos entre las muertas hojas, que una convocación de sombras habían dejado sus tumbas para visitar los fragosos senderos del castillo de Stalchid. De las apartadas alquerías y chozas del distrito, salían los colonos y pastores maravillados de aquella luminosa caravana. Recorrieron los exploradores de extremo a extremo aquel dominio; la tierra señalaba la mitad de su nocturna evolución, cuando los diferentes grupos que se habían diseminado por aquellas cercanías, se reunieron de nuevo en la explanada, mustios y pensativos, sin poder darse cuenta de aquella extraña desaparición.

¿Quién podrá pintar lo que pasaba en el ánimo agitado del desconsolado padre?

El alma paternal cuenta con abismos secretos, donde guarda tesoros desconocidos de amor ante el que palidecen todos los afectos terrestres: una sola sacudida que quebrante esa palpitante armonía, produce un desquiciamiento moral, capaz por sí solo de agostar la vida humana; pero la materia en que está nacida esa flor del sentimiento, es como la madre tierra: no faltándole savia, fructifica siempre, ya flores suaves, ya cardos punzadores...

Abismado el baron en profundas reflexiones, no articulaba palabra: miraba con febril ansiedad a las distintas puertas del castillo, pronto a lanzarse frenético hacia la delicada forma de Etelvina, mas esta no parecía; Adrian media con desiguales pasos las anchas galerías; Armanda lloraba, y los otros huéspedes, habitantes del palacio, discutían sin entenderse sobre un peligro mas ó menos probable que motivase aquella desgracia, no pudiendo persuadirse que fuese realmente positiva.

La luz del nuevo día difundió alguna calma en aquella atribulada familia: nuevos proyectos se formaron, nuevas indagaciones se pusieron en práctica; algunos se aventuraban a dar esperanzas al triste padre; otros aseguraban que no volverían al castillo sin traer la que buscaban.

El podestá marchó a caballo para entablar un procedimiento judicial en los inmediatos tribunales del distrito; la confusión crecía: iban, venían, nada; suposiciones, conjeturas, diligencias, indagaciones, todo fué infructuoso, nada se omitió para dar alguna luz a tan sombrío misterio.

Pasaron días, meses y años... todos quedaron en la mas absoluta ignorancia respecto a la desaparición de la joven Etelvina de Stalchid.

Inexplicable problema, del que solo Dios guarda la solución. El Arbitro de los humanos destinos se reserva manifestar a los hombres sus arcanos cuando lo juzga oportuno: acatemos sus designios.

El inconsolable baron vivió por largo tiempo sumido en el mas absoluto abatimiento. Pasaron siete años, y acordóse el buen padre que tenía otra hija bellísima que contaba diez y ocho años; forzoso le fué considerar que aquella joven, crecida en el llanto y en el duelo, reclamaba su amor de padre. No es seguramente el menor de los sacrificios de que es capaz el corazón humano, vencer la mortal apatía, resultado de dolorosas emociones, para que acallando la voz que subleva dentro de nosotros mismos, digamos al corazón ulcerado «no te quejes,» y al semblante surcado por las lágrimas, «sonríe.» La sociedad no contempla esa abnegación sublime, necesita del sacrificio de nuestros dolores, porque en las relaciones é intereses que reclama no gusta tener en cuenta nuestros individuales padecimientos.

Por eso el baron Astolfo de Stalchid sustrajo el tesoro de su amargura de las indiferentes miradas del vulgo, y sonreía complaciente a su única hija Armanda, prometida esposa del conde polaco Poniatouski.

La joven Armanda de Stalchid era un escogido tipo de hermosura y distinción; ya fuese debido al temple de su alma, ya al doloroso recuerdo de sus primeros años, su carácter era reflexivo y un tanto melancólico, su mirada dulce y profunda; irresistible si la acompañaba una sonrisa, vagaba a veces en el espacio, notándosele en aquellos momentos de abstracción una palpación inusitada, que hacia ondular sobre su pecho el escote de blondas que lo cubría; era como su malograda hermana esbelta y flexible; un blanco marmóreo hacia con mas efecto destacar en su rostro oval sus negros y pensadores ojos; era afectuosa y expansiva en la intimidad, pero de un aspecto digno y reservado en el trato social; amaba a su padre con tal extremo, que parecía intentar duplicar su cariño para que el digno anciano no lamentase otro afecto perdido.

Vióla el conde Poniatouski una sola vez en un baile de embajada a que asistió Astolfo por etiqueta en Viena, y prendado de su mérito, acudió al castillo de Stalchid a pedirle por esposa a su padre.

Experimentó el baron cierta impresión desagradable al avistarse con aquel personaje, y aunque en los velados ojos de este había algo de siniestro, eran sus palabras tan persuasivas y sus maneras tan distinguidas, que el buen Astolfo quedó pronto predispuesto en su favor.

El alma elevada de Armanda, segregada de todo amor vulgar, dedicada exclusivamente a la ternura filial, veía deslizarse apaciblemente los hermosos días de la primera juventud sin que ningun otro afecto alterase la pensadora indiferencia de su vida.

La primera vez que sus ojos se encontraron con los de Poniatouski, experimentó un indefinible estremecimiento que su recto juicio no osó clasificar. Figurábase a veces que por la primera vez de su vida un sentimiento de amor penetraba en su corazón. Mas creyendo sentir en esta impresión un desconocido malestar, acabó por despojar en su concepto al amor de los inefables goces que sus adeptos le atribuyen.

Lisonjeado algun tanto su femenil orgullo viéndose objeto de una pasión tan rápida en sus afectos, no se atrevió a desairar la amante solicitud de su mano, que el aristocrático Poniatouski acababa de hacer a su padre.

Aceptada pues la ansiosa demanda del amante, todo cambio de aspecto en el melancólico castillo de Stalchid. Deseaba el conde apresurar los aprestos de su enlace para trasladarse con su bellísima desposada a sus estados de Polonia; pero Armanda no convino en este acuerdo hasta haber obtenido que la acompañase su padre, sin cuya vista no comprendía una completa felicidad.

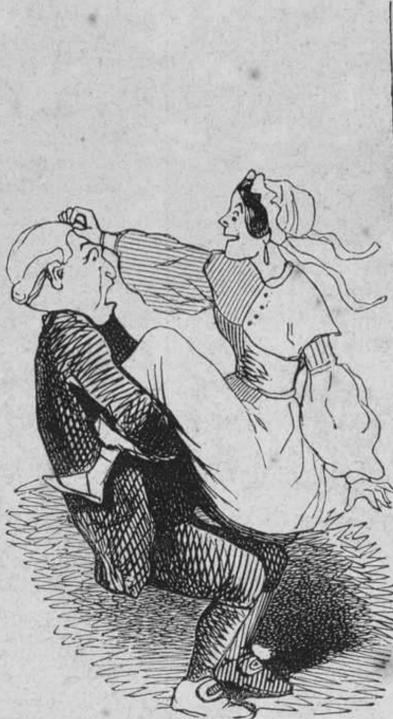
(Se concluirá.)

VERIDICA HISTORIA DEL SEÑOR CRIPTOGAMO PAPANATAS.

SETIMA PARTE.— (Véase el número 594.)



Però habiendo estornudado Elvira, Criptógamo suelta la presa y huye.



Con el golpe Elvira vuelve en sí, y el doctor aprieta firme temiendo ser perseguido.



Elvira sacude, araña y grita, y el doctor no comprende.



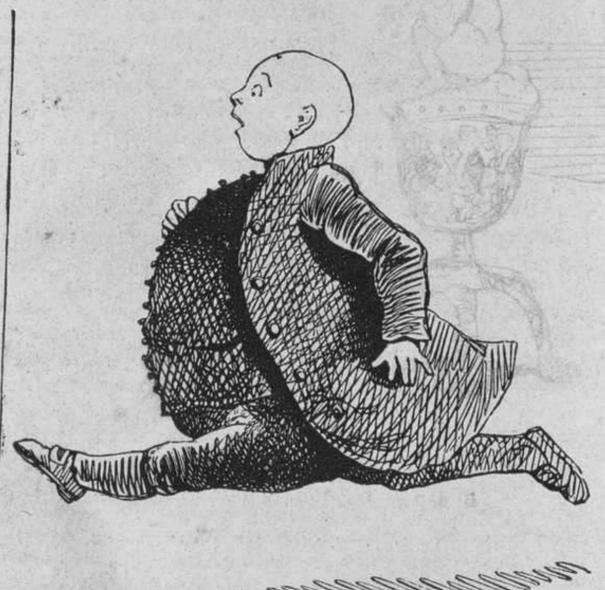
Elvira se suelta por fin, y el doctor sucumbe.



Entre tanto Criptógamo da nueve vueltas sobre cubierta sin hallar salida.



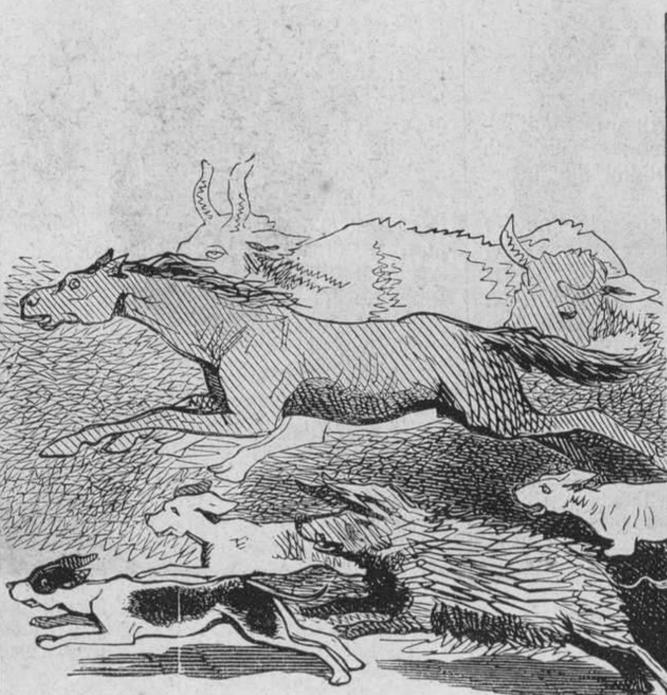
Elvira corre en persecucion de Criptógamo.



El doctor huye y persigue á la vez, y sin embargo no comprende.



En su vista, los moros hacen lo mismo.



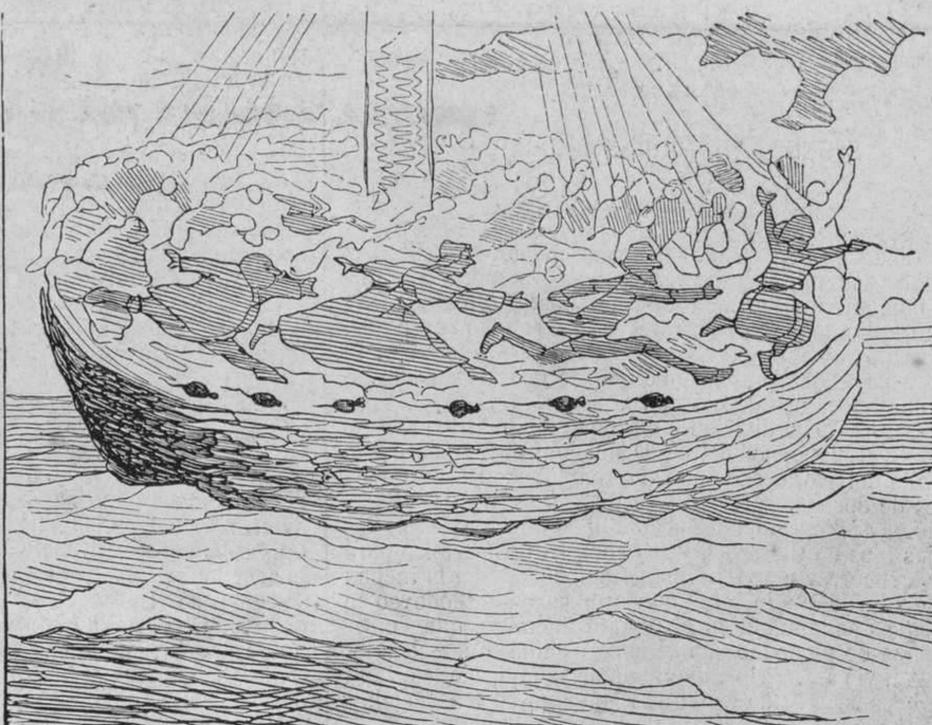
Y tambien los animales domésticos.



Y tambien la volateria.



Y las ratas igualmente.



Esta fuga inmensa imprime un movimiento circular á la columna atmosférica, y todos los objetos que están sobre cubierta entran en estado de persecucion circular.

Y al cabo de poco rato tambien el buque se pone á dar ocho vueltas por segundo.



El dey de Argel que fumaba en su pipa á la orilla del mar, distingue como un torbellino.

Y queriendo descubrir el misterio, reúne á sus sabios y les ordena que expliquen el fenómeno.



Los sabios dan principio á sus observaciones.

En una memoria en buen árabe que tiene cuatro varas de largo, los sabios declaran por unanimidad que el fenómeno en cuestion es un meteoro acuoso de primera clase, que presagia á S. M. felicidades sin cuento, dias sin fin y la muerte de todos sus enemigos. El dey manda que entreguen á cada sabio dos mil cequíes.

(Se continuará.)

Aureliano.

PRIMERA PARTE.

ESCENAS HISTORICAS DEL SIGLO V.

(Continuacion.)

Clodoveo, siempre á caballo en medio del valle, paseaba sus miradas en torno suyo, ora sobre la colina donde su vanguardia estaba empeñada en una lucha tan ardiente como peligrosa, ora sobre otro cuerpo del ejército romano que se desplegaba sobre la altura á la otra parte del río, pero que á causa de la distancia no podía hacer uso de sus armas.

Pero aquella division ó cuerpo de ejército bajó de repente al llano por detrás de las colinas y se paró á la orilla del río, desde donde los romanos lanzaron millares de flechas.

Los *edelingen* del destacamento de Tournay tenían los ojos fijos en Clodoveo, y parecían pedirle permiso para ir á socorrer á sus hermanos empeñados en la lucha; pero hacia un instante que la mirada de Clodoveo se fijaba atentamente en el ejército enemigo, que continuaba desplegando sus legiones á la parte alla del río.

Allí vió á Siagrius, que le amenazaba desde lejos con la espada, y brilló como un relampago en las facciones de Clodoveo una sonrisa de desden y de venganza.

Hizo una seña á los *edelingen*, y cuando se hubieron acercado á él les dió órdenes secretas. Los hombres de Tournay se pusieron en movimiento, aunque lentamente, y se alejaron del río para unirse á la parte principal del ejército al pié de las colinas.

Mientras se ejecutaba esta maniobra, Clodoveo lanzó su caballo al galope por entre las filas de su ejército, y dijo una palabra á cada jefe con una rapidez increíble. Volvió despues al sitio que ocupara, y se colocó detrás de sus hombres.

De repente salió de su pecho un grito formidable y se lanzó hacia el río.

Como si al golpe de una varita mágica hubieran sido animados por un mismo impulso de su voluntad y movidos por el mismo designio, todos, aun los que combatían todavía asidos á los caballos de los romanos, se volvieron y atravesaron el llano á la carrera, arrojándose al agua tras su intrépido jefe.

Los romanos, creyendo que los francos cedían á la fuerza numérica de sus contrarios y que abandonaban el campo de batalla buscando su salvacion en la huida, lanzaron por los aires en señal de triunfo el nombre glorioso de la capital del mundo... pero no les duró mucho tiempo tan engañadora ilusion, pues antes que hubiesen llegado á la corriente para impedir que los francos la atravesaran, estos habian ganado la orilla opuesta á nado.

Clodoveo se detuvo aun un instante allí, peleando para dar lugar á que la mayor parte de los suyos engrosasen sus filas, y consiguiendo, dió un nuevo y terrible grito de guerra, y seguido de sus gentes se precipitó como un formidable huracan en medio de los romanos sorprendidos.

Al primer choque cayó á tierra una legion, y en seguida se vió á los romanos desbandarse y abandonar el campo de batalla arrojando las armas para mas acelerar su fuga.

Siagrius corria de legion en legion, suplicando á todos y cada uno no retrocediesen en nombre de Roma; pero todos sus heróicos esfuerzos no pudieron contener la derrota del ejército. El audaz ataque de Clodoveo, no solo habia quitado al general romano la ventaja de la posicion que habia escogido, sino que consiguió fuese ventajosa á los francos; porque el otro cuerpo de ejército se hallaba á la otra parte del río sin poder tomar parte en el combate, pues las pesadas armaduras de los romanos les impedían nadar.

La suerte de la batalla se decidió bien pronto en aquella parte del río, y Clodoveo seguido de sus leudes mas fieles, se abrió paso en todos los puntos de la linea enemiga, sembrando en torno suyo la carniceria y la muerte. Al cabo de algunos instantes toda la llanura estaba cubierta de cadáveres, y los francos tenían que atravesar mares de sangre para alcanzar á sus enemigos.

Todas las legiones una tras otra cedieron al irresistible impulso de los francos, y puestos los romanos en completa derrota, huyeron en todas direcciones atravesando los llanos y corriendo por las colinas.

Siagrius resistía aun á la cabeza de un millar de hombres resueltos aunque sin esperanza de vencer, y rodeado por todas partes veía caer bajo el hacha de los francos á sus mas fieles compañeros, como la espiga se dobla y cae bajo la hoz de los segadores. Nada podía salvarle, y bien pronto iba tambien él á recibir la muerte sobre los cadáveres de los suyos...

En aquel momento observó Clodoveo que la otra division del ejército romano se esforzaba por echar un puente sobre el río para librar á su general.

Clodoveo se desembarazó de las gentes que le rodeaban en la pelea, y esgrimiendo su espada dió un clamor tal, que le repitió el eco de colina en colina y retumbó hasta en los bosques cercanos.

Sus gentes reconocieron la señal, y abandonando á los romanos de Siagrius, se precipitaron tras su jefe en direccion al río para atravesarle segunda vez á nado... Y en realidad el ejército entero de los francos se dividió en dos alas y se abismó en el agua.

Aquella maniobra sorprendente llenó de terror á las legiones romanas, y sin esperar una nueva agresion, ganaron la cima de las colinas y buscaron su salvacion en la huida. Los jinetes escaparon facilmente del peligro y pudieron salvarse; pero los infantes fueron menos afortunados, y perseguidos por los francos vencedores fueron acuchillados á centenares...

Clodoveo y sus guerreros no dejaron su presa y persiguieron á los últimos restos del poder romano hasta los muros de la ciudad de Soissons, que habia sido ya abandonada por las dos legiones á cuya custodia habia quedado confiada.

Los francos entraron en la fortaleza entre los gritos de bienvenida de los habitantes, que salieron á recibirlos á los baluartes con ramas verdes en las manos.

VI.

En el interior de la ciudad de Soissons y frente á frente del palacio del gobernador, se extendía una ancha plaza llamada el *Forum*, donde los generales romanos acostumbraban pasar revista á las legiones que formaban la guarnicion.

Aquel fué el sitio que los francos escogieron para distribuir por suerte el botin conquistado, segun se acostumbraba en tiempo de guerra; primero entre los diferentes cuerpos del ejército, y despues entre los guerreros libres.

Desde por la mañana muy temprano el *Forum* estaba lleno de guerreros, que aunque completamente armados, corrían en todas direcciones sin órden ni concierto, hablando con gran animacion de la batalla ganada y de la asombrosa intrepidez de Clodoveo.

A lo largo de las casas y en un lado de la plaza, se hallaba tambien un gran número de galos, que contemplaban con inquieta curiosidad las idas y venidas de los francos, leyéndose en sus rostros la estupefaccion y la ansiedad.

Los que hacia ya siglos que vivían en medio de la refinada civilizacion é inaudito lujo de Roma, veían con temor y repugnancia á aquellos hombres semi-bárbaros, cuyos cabellos rubios ó rojos flotaban sobre su cabeza á manera de extraño penacho, cuyas facciones y mirada atestiguaban la mas salvaje arrogancia, y cuyo lenguaje, desconocido hasta entonces para ellos, abundaba en sonidos guturales y salía de su pecho con tal rudeza, que cada palabra parecia una amenaza. Y aquellos bárbaros, hijos de las selvas de la Bélgica, aquellos guerreros rapaces y ávidos de botin que en otro tiempo habia arrojado al mundo la belicosa Germania, iban á ser los dueños de la Galia. ¡La civilizacion romana, con todo su poder, riqueza, artes y ciencias, estaba condenada á sucumbir y á desaparecer ante el brutal valor de aquellos bárbaros!

Tales eran las ideas que preocupaban la mente de los galos abatidos, cuando envueltos en sus anchas capas, graves y casi inmóviles, permanecían en las cercanías de la plaza, y dirigían sus miradas con taciturna tristeza á las filas de los vencedores de los romanos.

Las riquezas cogidas se hallaban echadas, arrojadas y confundidas en muchos montones en medio de la plaza, y los objetos que allí se encontraban mezclados eran tan numerosos y de tan elevado precio, que los mismos habitantes de Soissons hubieran podido preguntar de dónde procederían todos aquellos tesoros, si no hubiesen sabido que los francos habian recorrido una gran parte del Norte de la Galia, y habian saqueado y devastado por todas partes las opulentas villas de los romanos.

El botin contenía sobre todo armas brillantes, cascos y corazas cubiertos de oro y plata, escudos en los que los artistas mas eminentes habian representado los hechos de los dioses y las gloriosas hazañas de los héroes; mazas y espadas del acero mas puro de Oriente y tan resplandecientes como los rayos del sol, cegaban la vista reflejándose en ellas. Veíanse tambien muchos ricos vestidos, telas de lana y seda, teñidas de preciosa púrpura y adornadas con bordados de oro; brazaletes, pendientes, diademas, lámparas artísticamente trabajadas, utensilios de toda especie de metales, joyas, vasos, cuadros, y algunos lotes de oro y plata amonedada.

Los guerreros iban de un montón á otro enseñándose unos á otros las cosas mas preciosas, y manifestando el deseo de que tal ó cual objeto que excitaba mas vivamente su curiosidad ó gusto les tocara por suerte. Muchos deseaban una hermosa armadura, otros, objetos de oro y plata, y algunos monedas.

Pero lo que llamaba la atencion y excitaba el deseo de la mayor parte, era un vaso cincelado, que formaba una gran copa y que se habia colocado con particular cuidado en un pedestal al lado de uno de los lotes.

Era de oro puro y estaba adornada con flores recortadas con un arte exquisito; su pié representaba el cielo, el sol, la luna y las estrellas, y estaban figurados por deslumbradoras pedrerías de todos colores. Tres ángeles, cada uno con cuatro alas, se elevaban sobre aquel pedestal y sostenían el vaso propiamente dicho, como ofreciéndole á Dios que reina en el cielo. Al rededor de la tapa que cerraba la copa chispeaba una corona de diamantes, esmeraldas, rubies y zafiros tan habilmente combinados y ajustados, que parecían, expuesta á los rayos del sol, reflejar en aquella obra maestra todos los colores del arco iris.

Los francos se apretaban y agrupaban al rededor de aquel objeto precioso, y le contemplaban con una admiracion igual á su avaricia, y cuando algunos levantaban el vaso del suelo para examinarle de cerca, lo ha-

cian con prudente precaucion, porque era evidente que en todo el botin no habia nada que igualase á aquel vaso en valor, y su trabajo era tan delicado, que el menor choque ó el tratarle de una manera brusca podría perjudicarlo.

Mientras un gran número de guerreros se agrupaba al rededor del vaso de oro, el gran sacrificador apareció en el *Forum*, y á una seña suya despejaron el botin, retirándose la multitud respetuosamente á cierta distancia, y formando una hilera á cada lado de la plaza para dejar á los sacerdotes el espacio necesario para llenar su mision.

El sumo sacerdote Ramoldo iba seguido de los demás sacrificadores y de los escaldas, y segun el derecho autorizado por el uso, á ellos les pertenecia proceder á la distribucion del botin y presidir el sorteo.

Despues de haber hecho los sacrificadores y escaldas que los guerreros se retiraran todavia mas, á una indicacion del sumo sacerdote, buscaron los objetos mas preciosos y los colocaron en la plaza á larga distancia unos de otros.

Formaron tantos montones cuantos cantones habia en la confederacion franca, y además tres lotes, uno para cada uno de los dos jefes, y otro para los servidores del altar de Odin, que debían sin embargo comprenderse con los demás en el sorteo; porque nadie tenia ningun otro privilegio sobre el botin comun que la parte que le estaba asignada por derecho y suerte.

La tarea de los sacerdotes y escaldas hacia ya tiempo que duraba y debia prolongarse aun mas tiempo; porque los objetos ascendían á un número considerable, y cada uno de ellos debia trasportarse cinco ó seis veces, pues el gran sacrificador iba y venía, pesaba y repesaba, comparaba y juzgaba y hacia quitar y poner los objetos de un montón á otro, hasta que el reparto le parecia justo y equitativo.

En el espacio que quedaba libre nadie podía entrar sino algunos *edelingen* y jefes, y en el momento en que se ocupaban los sacerdotes en su faena, aparecieron Raganhaire con su hermana Lutgarda y su tio Sigebaldo, conde del palacio de Clodoveo, á los que seguan cinco ó seis jóvenes francos y algunos *edelingen*, entre los que se veía tambien gran número de leudes del jefe supremo, y por do quiera que pasaba Lutgarda, inclinaban los guerreros la cabeza saludandola con las muestras del mas profundo respeto, como prometida de Clodoveo y futura esposa del héroe cuyas gloriosas hazañas les habian llenado de veneracion y amor.

Fácil era observar que Lutgarda recibía con satisfaccion aquellas manifestaciones de respetuosa deferencia, porque avanzaba agarrada de la mano de su hermano, con la cabeza erguida y arrogante, dirigiendo en torno suyo miradas en que se descubría su jubiloso orgullo.

La comitiva se detuvo por un poco de tiempo á admirar el magnífico vaso de oro, que fué puesto en manos de Lutgarda, y mientras los *edelingen* se perdían en conjeturas sobre su supuesto valor, Raganhaire dijo al oido á Lutgarda, que se le ofrecía como regalo de boda, si la suerte se le daba.

Dejaron aquel lote y pasaron á visitar los demás, donde hallaron gran número de collares y diademas, brazaletes y pendientes. Cada *edeling* tenia para Lutgarda una palabra agradable, prometiéndole alguna joya preciosa si la suerte les favorecía.

Sigebaldo, que ordinariamente estaba tan afectuoso con su sobrina y no perdía ocasion de lisonjearla, solo decia alguna que otra palabra y parecia irritado y desesperado. Al principio Lutgarda no lo notó, porque tenia bastante con ocuparse en recibir los numerosos y sinceros homenajes que la rendían por todas partes; pero cuando la comitiva recorrió todo el *Forum* y se separó y dispersó en varios grupos, formados casualmente para discurrir alegremente sobre los incidentes de la guerra y de la victoria, Lutgarda inclinó la cabeza hacia donde estaba Sigebaldo, y con tono semi-burlon le dijo al oido con afectuosa familiaridad:

— ¿Qué negra elfa se ha posado esta noche en el pecho de mi querido tio, que le ha producido tan mal humor y le ha hecho tan descontentadizo?

— En efecto, Sigebaldo, dijo Raganhaire, tenéis un aire sombrío y apesadado, como si los cuervos os hubieran predicho alguna desgracia (1).

— Dejadme colocar entre vosotros dos, contestó Sigebaldo, y os diré lo que hace hervir mi sangre con una cólera que apenas puedo contener... Ese maula de los cabellos negros es el que me ha causado otra sangrienta afrenta. Ya sabéis la magnífica campiña que han conquistado y saqueado hace cuatro días los guerreros de mi destacamento, despues de un combate obstinado contra media legion romana, y que los galos llaman *villa juviniacum* (2). ¡Pues bien! Clodoveo ha pensado dar ya en propiedad á cada uno de nosotros una parte de las tierras romanas, segun su familia y rango. Yo creo poder pretender las posesiones del *Juviniacum*: mi puesto cerca del jefe supremo, los servicios que he prestado, la circunstancia de haber sido yo quien ha conquistado la villa, todo me daba derecho á alimentar esta esperanza. ¿Y á quién creéis que dará esa hermosa propiedad el jefe supremo?

— ¿A Aureliano? preguntó Lutgarda con incredulidad.

(1) Los principales presagios sobre las cosas futuras, se sacaban entre los francos del vuelo de las aves, especialmente de los cuervos, y de las combinaciones formadas por unos pedacitos de madera que se tiraban á manera de dados, y en los que estaban trazados ciertos signos germánicos.

(2) Juvigny, dos leguas al Norte de Soissons.

— ¡Al vil romano que se arrastra á sus piés y le lisonjea! dijo Sigebaldo con voz alterada.

— ¡Pero Clodoveo no tiene derecho para eso! dijo Raganhaire. Nada le pertenece; todo lo que hemos conquistado es nuestro, en comun. ¿Piensa él solo y sin consultar á nadie, distribuir así á su capricho las tierras conquistadas? Os engaños, Sigebaldo; es imposible que haya concebido semejante desigmo; no despreciará hasta ese punto el derecho de los francos.

— No le conocéis, Raganhaire. Lo que ha resuelto debe cumplirse. Antes vereis doblarse la gran encina de la selva sagrada de Tournay, que ceder su voluntad de hierro.

— ¿Segun eso, crecis verdaderamente que dará la villa de *Juviniacum*, esa magnífica posesion, á un hombre que no solamente no es franco, sino ni aun guerrero?

— Dará á ese vil adulator algun gran mando, y de ese modo le hará guerrero, en apariencia al menos.

Raganhaire dió una patada cólerico, y exclamó:

— Por el lugar que tengo en el Walhalla, que esa injusticia no se hará, ó yo seré aplastado por el martillo de Thor (1). El derecho de los francos hallará en mí un defensor, y aun cuando debiese provocar á Clodoveo á decidir la diferencia con sangre, no se erigiria impunemente en tirano de sus iguales y compañeros de armas.

— Calmate, hermano mio, dijo Lutgarda interrumpiéndole; no olvidés que dentro de cuatro dias debe Clodoveo ser mi esposo. Es necesario que no haya discusiones entre vosotros.

— Clodoveo es justo y leal naturalmente, observó Sigebaldo; pero ve mal por los ojos de ese cristiano que le seduce y extravía. Ese hombre con sus odiosas astucias, hace que su amo nos niegue su afecto, llenándole la cabeza con ideas romanas y proyectos hostiles á la federacion franca, á nuestras leyes y á nuestros ases. Esto es humillante para todos nosotros. ¿Creeis que yo soy conde del palacio de Clodoveo? ¡Pues no! Ese vil adulator extranjero es el que es el conde del palacio, tesoro y comandante de los leudes; y él es jefe supremo tambien, puesto que dispone de todo y manda á todos... Y yo, franco libre, soy su esclavo. ¡Esto es para matarse de vergüenza!

— ¿Porqué no le provocais? preguntó Raganhaire con acritud. Vuestra hacha daria buena cuenta de su insolente orgullo.

— Ya lo he intentado muchas veces, pero fingió no entenderme, y se deja insultar sin darse por entendido. Algunas veces he tenido intenciones de arrojarme al pecho mi framea, pero me ha contenido el temor de la venganza de Clodoveo. Sucedió que una noche fué perseguido Aureliano en Tournay por tres ó cuatro hombres desconocidos, y al dia siguiente Clodoveo hizo saber á sus leudes que él vengaria cualquier ultraje ó maltrato de que fuera victima el galo-romano, como si se tratase de él mismo; y que si Aureliano perdía la vida, no solo daria muerte al autor del homicidio, sino que exterminaria á toda su familia, sin exceptuar madre, hermanos, hermanas ni hijos... Lo que yo no quiero para mí, Raganhaire, no lo deseo para mis allegados...

— ¡Eso es un escándalo que pide venganza á los ases! murmuró Raganhaire. Veremos si esto ha de continuar así. Yo convocaré á los guerreros, les expondré la culpable conducta de Clodoveo, y los excitaré á que elijan otro jefe en el *mahlberg*...

— ¡Vanias palabras! dijo Lutgarda sonriendo; los guerreros nombrarán de nuevo á Clodoveo, porque ¿quién puede compararse á él en hermosura, valor y habilidad en el arte de la guerra? Cesad en vuestras quejas, yo sabré hacer de modo que los galos, los cristianos y cualquiera otro que no sea hombre libre, desaparezca de su palacio. Clodoveo es jóven, le recordaré la raza heroica de que procedemos, le daré armas contra las viles adulaciones de los galos, le atraeré al culto de nuestros poderosos ases, y le inspiraré aversion para todo el que no tenga sangre germana en las venas.

Volvióse mas hácia Sigebaldo y le dijo en voz baja: — Tranquilizaos, tio mio, el romano será objeto de mi venganza; ha querido poner en mi lugar á la cristiana de cabellos negros. Yo no habitaré bajo el mismo techo que él, y vos le reemplazareis en el puesto que ocupa cerca del jefe supremo. Yo os elevaré tan alto que habrá poca distancia de vos á mí. Tened paciencia, y poseereis la hermosa villa. Que mi buen hermano Raganhaire reprima su cólera, y vos vuestro resentimiento. Lo que no seria capaz de hacer la violencia, el amor lo logrará sin esfuerzo.

Mientras los sacerdotes estaban ocupados en distribuir el botin en lotes y Lutgarda hablaba de Aureliano con su hermano y Sigebaldo, Clodoveo se hallaba en la *Torre del Conde*, en la misma sala en que Siagrius con los comandantes de sus legiones, recibiera al mensajero que le llevaba el desafio de los francos; ¡de tal modo habia cambiado la suerte en un instante el destino del palacio!

Ayer veia aun aquella mansion llenar sus salas los hombres mas civilizados del mundo; sus muros oian los acentos delicados de la lengua latina y los cantos admirables de poetas inmortales en las formas mas selectas que inventaron el genio y el arte; sus mesas estaban cubiertas de manjares llevados de todas las partes

(1) Thor, dios del trueno, lleva en la mano un martillo con el que hiende las nubes y las hace producir el relámpago y el rayo. En Brabante, y sobre todo en Amberes, el pueblo dice aun muchas veces: « ¡Si esto no es cierto, quiero ser machacado! Fue aplastado como si hubiera sido pegado con el martillo. » Expresion que es indudablemente un vestigio de la antigua creencia de los francos, pues no tiene otro sentido verosímil.

del mundo conocido; la música, el baile y el juego recreaban á los convidados...

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Las últimas carreras de caballos en Chantilly, la Marche, Vincennes y el bosque de Boulogne. — Marcha de la corte á Fontainebleau. — Dispersion del mundo elegante. — Un dije muy en moda. — Historieta misteriosa. — Una declaracion en chino sobre vitela encarnada. — Las modas nuevas. — Trajes de campo. — Los sombreros mejicanos. — El pantalon gris perla. — Vestidos de hilo y de piqué. — Trajes de amazona. — Un frac de piqué para montar á caballo. — Descripción del figurin que representa trajes de la temporada.

Concluidas las grandes funciones hípicas del verano en Chantilly, la Marche, Vincennes y el bosque de Boulogne, en las que han salido tan bien parados los alazanes franceses con mucho enojo de los ingleses, que siempre se han llevado la palma en estos torneos, la corte se ha instalado en Fontainebleau, y el mundo diplomático, oficial y elegante se dispersará muy luego. Las carreras de caballos han sido las últimas reuniones donde se han podido estudiar las modas parisienses.

Lo mas original que ha salido á luz es un dije que se llama *mosca*.

Semejante noticia parecerá trivial considerando que estos alados animalitos nos persiguen en este tiempo, y tenemos que soportar sus incómodos agasajos, estén ó no de moda.

Pero no hablo de las moscas que vuelan. Tampoco al decir *mosca*, *mouche* en francés, me refiero á los coquetones lunares con que en el siglo XVIII se adornaban nuestras mas elegantes damas, dando á este adorno cierta expresion, y con ella cierto titulo que se conserva en las tradiciones galantes del galanteador padre del siglo actual.

Ni hablamos de las moscas moscas, ni de las moscas lunares, ni siquiera de la mosca militar, esa última reduccion de la perilla en la barba del hombre.

Me refiero á unos dijes de oro ó doblé que con el nombre de *moscas* y la figura de estos animalitos, y de todos tamaños, han empezado á venderse en todas las platerías y joyerías de Paris.

Estas moscas se adaptan á varios usos públicos y á uno privado. Sirven para gemelos, para pendientes, para botones de chaleco, para alfileres de pecho, está es su mision ostensible.

Tambien se emplean para ocultar secretos bajo sus extendidas alas, y esta es su mision misteriosa.

Tocando á un imperceptible resorte, el ala se repliega ó se levanta, y deja ver un retrato querido, una fotografia microscópica ó una diminuta trenza de cabellos.

A propósito de dijes, voy á contar una historieta auténtica relativa á una cantarina de café-concierto, que no deja por cierto de ser curiosa.

Cada noche un jóven de aspecto exótico y extraña vestidura, entre oriental y europea, anda rodando en torno del pabellon al aire libre en los Campos Eliseos donde canta la *diva*.

Cuando la jóven desciende del estrado triunfal, siempre encuentra á su paso á ese misterioso personaje, grave, silencioso, impassible, que la arroja una mirada ardorosa y se inclina delante de ella.

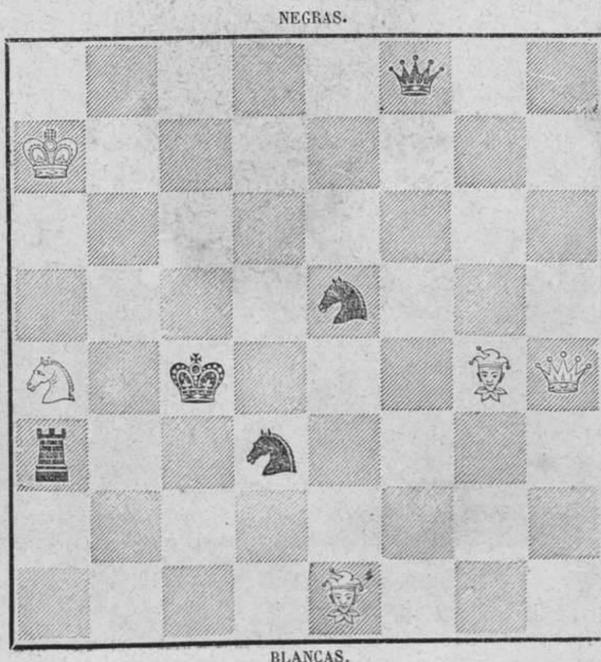
Jamás un ademan y menos una palabra. Este jóven es el favorito de los mozos del café.

Problemas de ajedrez.

Solucion del número 115

- 1 Ra 5ª AR jaque C ó uno de los P come Ra
- 2 C 6ª AR jaque R 5ª AR
- 3 C 6ª R come P jaque-mate.

PROBLEMA NUM. 116, POR M. JEAN PRETI.



Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Jamás toma otra cosa que un vaso de agua con azúcar, que paga en oro sin querer recibir la vuelta.

Cada vez que canta Teresa (que este es el nombre de la jóven), recibe un enorme ramillete que naturalmente acepta.

Ahora bien, hé aquí que hace tres dias uno de estos ramos voluminosos deja escapar de sus flores perfumadas una sortija de rubies rodeada de brillantes.

¿De quién venia este regalo?

Preguntan á la ramilleteira, y esta responde que no lo sabe. Al otro dia, nada... nada mas que el jóven extranjero del vaso de agua con azúcar y los ojos ardorosos.

Por fin, dos noches despues Teresa descubre entre sus ramilletes un papel encarnado, y de una pasta parecida á la de la vitela china. Sobre este papel de color de ladrillo habia algunos caracteres indescifrables.

Ahí estaba el misterio.

¿Es el nombre del que regaló la sortija?

¿Es la tarjeta del jóven del vaso de agua?

Nada se sabe; pero lo cierto es que el jóven extranjero no ha vuelto despues. Teresa ha enseñado este papel rojo y los garabatos que contiene á muchas personas; pero su profunda ignorancia en lenguas orientales ha impedido la solucion del enigma.

La *diva* curiosa en alto grado, se propone consultar á un profesor de chino, para que la traduzca esta tarjeta enigmática.

En cuanto á sus amigas del café-concierto ó por mejor decir, sus rivales, se hallan convencidas de que los ramilletes, el papel y la sortija provienen del jóven extranjero; que este extranjero está enamorado, y que este enamorado es nada menos que un embajador japonés.

No salimos garantes de la noticia; pero si llegamos á saber cuál es el nombre de este misterioso personaje, no nos descuidaremos en publicarle.

Dijimos al comenzar que en las carreras de caballos se habian visto las modas de la temporada, y en efecto, estas modas tienen ya un aire propio del campo y de los baños de mar.

Los jóvenes elegantes piensan vestirse este año de pastorillos y de mejicanos.

¿Qué quiere decir esto?

Que los sombreros mejicanos van á reemplazar á las sombrillas para neutralizar los ardores del sol.

En cuanto á los trajes de vestir en los establecimientos de aguas termales, se proponen adoptar el pantalon gris perla con frac negro y chaleco blanco.

El pantalon gris perla estuvo en moda hace ya muchos años. Era muy lindo y casi oficial, pues le llevaban los consejeros de Estado y los secretarios de embajada.

Lo que ha sido entonces será ahora.

Para los trajes destinados al campo que se componen de una jaqueta de talle largo, un pantalon bastante ancho y un chaleco casi cerrado por arriba, se usa mas bien el chaleco de capricho que el de la misma tela del vestido.

La moda comienza á emanciparse de la librea que tanto tiempo ha sido de rigor.

El chaleco de fantasía se hace de valencias ó de cachemira.

Lo que domina en esta temporada campestre es el dril inglés liso ó labrado.

Algunos driles de tejido mezclilla de varios matices, ya con rayas, ya con cuadros menudos, recuerdan las telas de lana, gris y negro.

Los lisos son de una calidad muy fuerte, aunque muy flexible.

Los colores mas en boga son el verde mar, el gris ceniciento, el gris bronceado y el gamuza.

El dril blanco satinado ha quedado como reservado para los trajes de niños.

Toda vestidura blanca hace siempre muy bien en el campo, sea la jaqueta muy corta, sea el pequeño paletó-saco, muy suelto igualmente.

Los trajes de amazona se reproducen tambien de dril, ya color de lienzo crudo, ya color de gamuza.

Hasta los trajes de los niños pequeños se hacen de dril mas bien que de mahon, sobre todo en el dia que se fabrican driles tan ligeros y suaves.

Para montar á caballo se usa bastante el frac de piqué guardado de anchos botones de nácar.

Las amazonas llevan la falda de la misma tela que el cuerpo, con el sombrero de hombre de fieltro gris, forma del tiempo del Directorio.

Terminaremos estos apuntes de las modas del dia con la descripción de nuestro figurin, que representa trajes de verano.

El primero es un traje de noche, ó de casino, ó de visita en carruaje.

Compónese de un frac de popelina de seda negra y de un pantalon y un chaleco blanco de tela Imperial.

Hasta en los fracs de popelina triunfa el negro.

Y es preciso absolutamente decir que está bien, pues la moda así lo exige.

Lo que es por mi parte preferiria otra cosa; pero una articulista de modas es como un ministro, no puede hacer mas que emitir un consejo.

El cuello de este frac de popelina es muy angosto, y las solapas descubren el pecho, de modo que solo se ven dos botones por abajo.

El chaleco es de chal abierto y menos largo que los delanteros del frac.

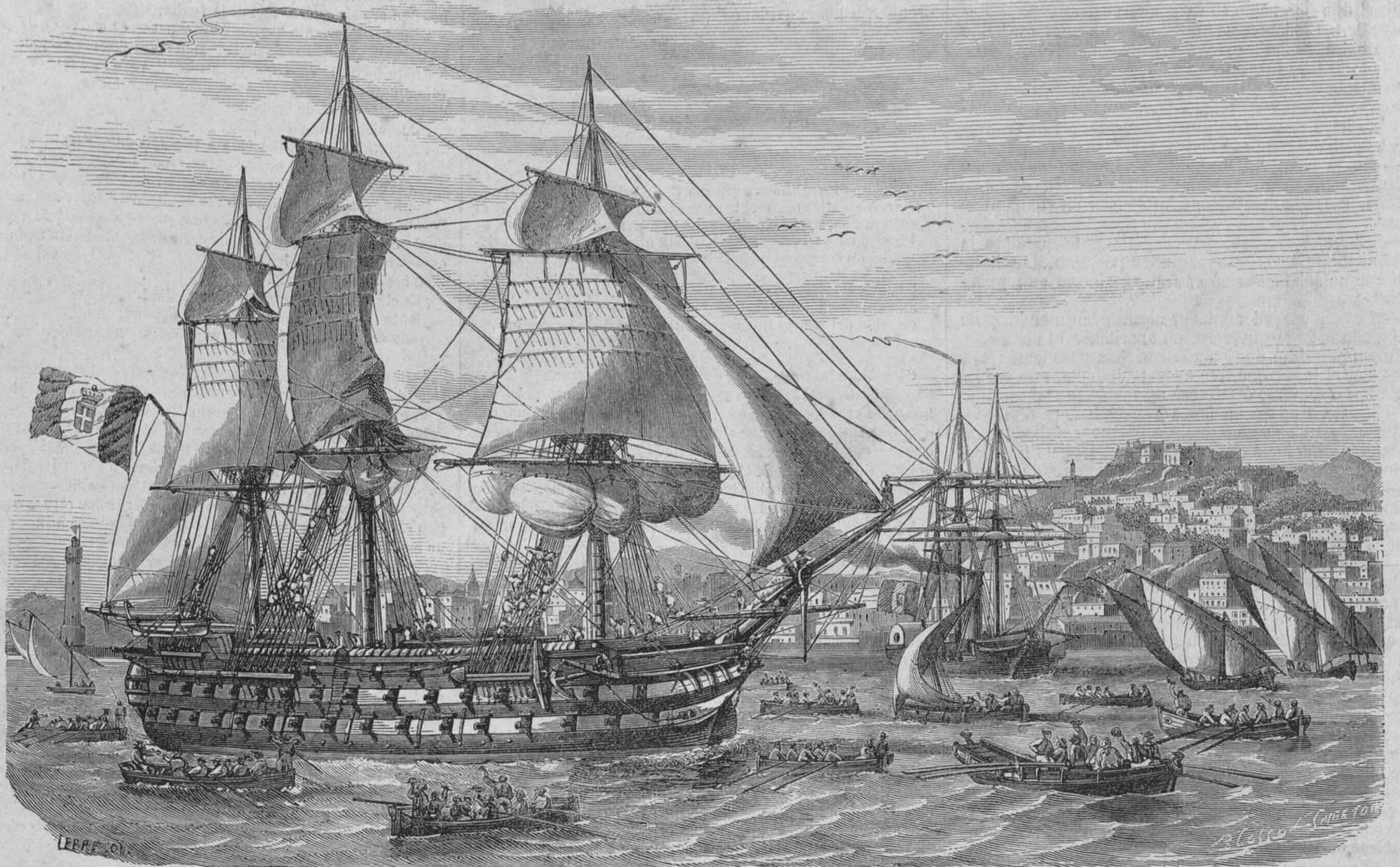
Pantalon de una anchura ordinaria con caída natural; corbata blanca y guantes color de paja.

El segundo vestido es de viaje, y se compone de una jaqueta de paño color de castaña mezclilla, de un chaleco y un pantalon con anchos cuadros grises, y de un fieltro color de castaña de forma redonda y alta, como los que usan los piemonteses.

Corbata de fular verde y blanca y guantes de Suecia.

El último traje, medio de vestir, consta de una jaqueta negra que solo tiene una hilera de botones sobre un cruzado que puede abotonarse segun las circunstancias.

El chaleco de piqué blanco es de chal cruzado muy abierto,



Regreso á Nápoles del navio el Re Galantuomo.

Pantalon mezclilla gris de una anchura ordinaria; corbata de tafetan grosella; sombrero gris y guantes de Suecia.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Regreso á Nápoles

DEL NAVIO EL *Re Galantuomo*.

El navío de vapor el *Re Galantuomo*, del que se había estado sin noticias desde el 13 de marzo hasta el 24 de abril, en cuyo tiempo luchaba contra la tormenta y corría los mayores peligros, ha entrado en el puerto de Nápoles á mediados del mes último.

La tripulación, que se componía casi enteramente de napolitanos, fué recibida y festejada con entusiasmo.

Los periódicos han publicado el diario del comandante señor Isola, que es sencillo y grande como una batalla. Según decía uno de los jóvenes oficiales de la tripulación, la marina militar de la Italia ha recibido ya su bautismo.

P. P.

Buque antiguo descubierto en Marsella.

Hace tres semanas un trabajador que estaba abriendo una zanja para cimentar una de las casas de la calle Imperial en Marsella, encontró una pieza de madera cuya forma le pareció muy singular. Al punto se llamó á la comision arqueológica, y uno de sus miembros, M. Gassends, ingeniero, bajó á la zanja, y le fué fácil reconocer la quilla de un buque, el fondo de una cala y varias cuadernas que podian ser de una fuerte construcción.

Se determinó la direccion de la quilla, y al otro dia, extendiendo mas la zanja, se pudo ver que las demas partes de la galera estaban enterradas debajo de las casas situadas fuera de los limites de la expropiacion. Para sacar enteramente el buque, habria sido preciso destruir una linea importante, y la administracion municipal retrocedió ante este aumento de gasto, por cuyo motivo debieron contentarse con la parte descubierta que forma la proa del buque.

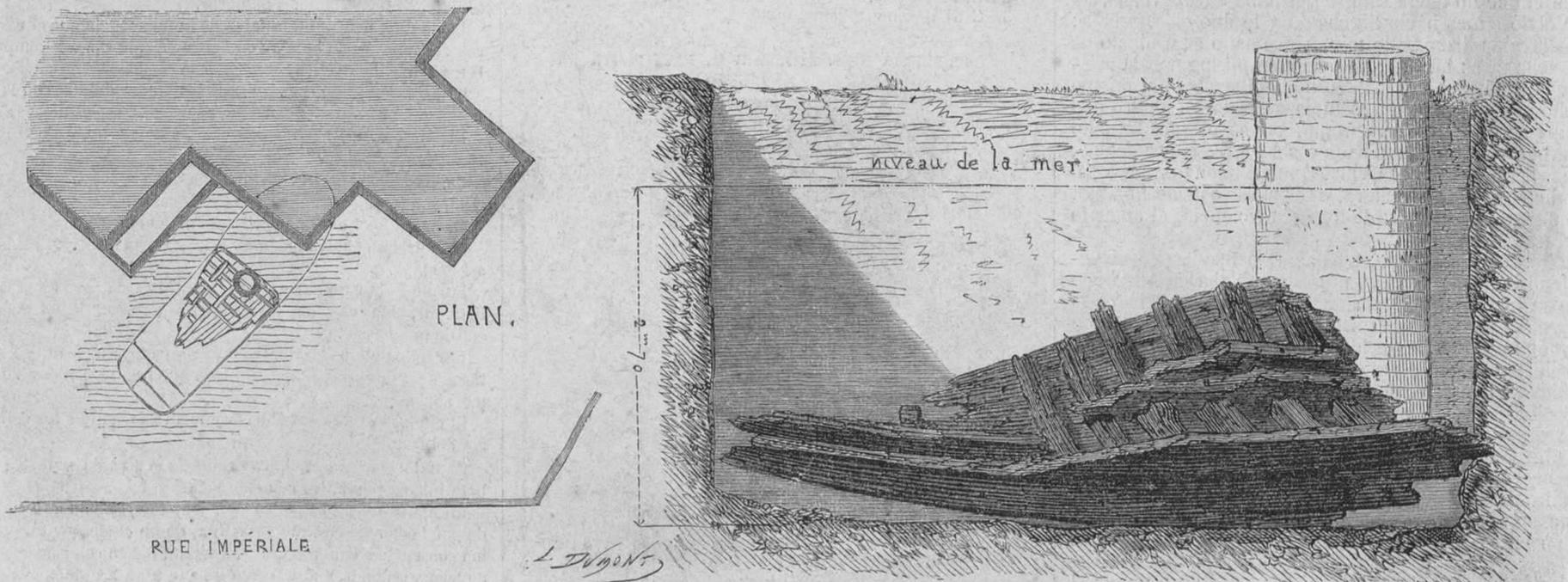
La quilla mide 0^m,40 de anchura, lo que supone un buque de 15 metros de largo por lo menos. Su anchura parece ser de 3^m,50 á 4 metros. La parte mas baja se

hallaba situada á 4^m,50 mas abajo del suelo natural. La madera empleada en la construccion es el cedro, que se halla perfectamente conservado, y tiene todavia un olor *sui generis*.

Nada se puede precisar aun en cuanto al tiempo probable que ha transcurrido desde la inmersión del buque. Las medallas de todas las épocas, griegas y romanas, que se han hallado en la excavacion, no pueden servir mucho para aclarar este punto, pues pudieron enterrarse largo tiempo despues de haber tenido curso. Únicamente el sitio permite asegurar que el buque está allí desde hace mas de ocho siglos, puesto que los planos que quedan de aquella época señalan ya el mar en donde hoy se hallan los muelles. El cedro empleado en la construccion no ha pertenecido jamas á la flora de esas comarcas, y por lo tanto indica relaciones con los países del Levante, donde crece ese gigante de los coníferos.

Por lo demás la cuestion está en estudio, y la comision arqueológica, que cuenta en su seno tantos hombres eminentes, entre ellos al docto historiador de Marsella M. A. Favre, nos promete una solucion acertada y próxima.

P. P.



Buque antiguo encontrado en las obras de la calle Imperial en Marsella.